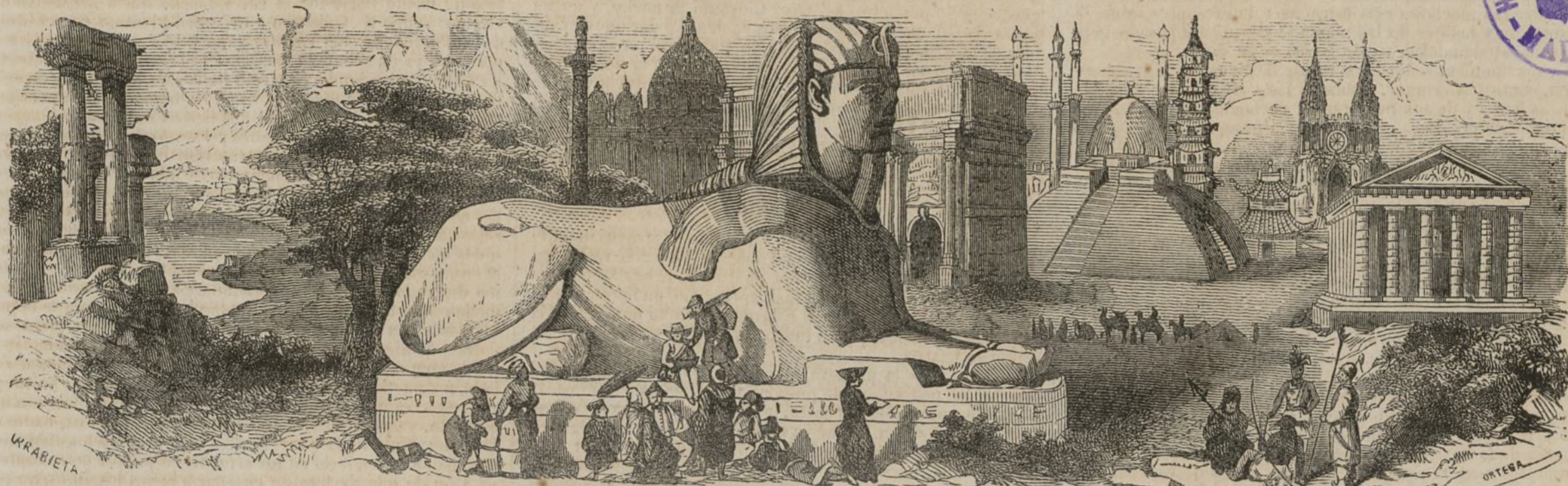


EL UNIVERSO PINTORESCO,

54. AGOSTO, 1853.

PERIÓDICO QUINCENAL.



Precio en Madrid, por un año. 40 rs.
Id. en provincia enviándose por el correo. 50.

Paris: librería española, de Mellado, rue de Provence, núm. 42.
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Establ. de Mellado.

SUMARIO.

ARTICULOS. La hija de Rapaccini. (Continuación). — Estadística. Bibliografía. — Tien-Té, jefe de los insurgentes Mings, pretendiente al imperio de la China. — Las playas del mar Caspio. (Continuación). — Curiosidades históricas. — Variedades. — Maravillas del arte y de la industria, por don F. Fernandez Villabril. — GRABADOS. Mujeres kalmucas. — Procedimiento mecánico para la oración. — Gran sacerdote kalmuco. — Templo kalmuco.

La hija de Rapaccini.

CUENTO FANTÁSTICO POR NATHANIEL HAWTORNE.

(Continuación.)

A consecuencia de aquel incidente, nuestro joven, durante muchos días, evitó asomarse á la venta que daba al jardín del doctor Rapaccini, como si debiera herir su vista algo horrible y monstruoso, en caso de que se resolviese a mirar hacia aquel lado. Conocía que hasta cierto punto se había entregado á la influencia de un poder incomprensible, con la comunicación que había tenido con Beatriz. Lo mas prudente era, si su corazón corría algun peligro real, abandonar inmediatamente su alojamiento y á Pádua, ó bien, viendo á Beatriz todos los días, acostumbrarse á no mirarla mas que como á las demás jóvenes; lo peor que podía hacer Giovanni era permanecer tan cerca de aquella criatura tan extraordinaria, aun evitando el verla; pues aquella proximidad, y la posibilidad de entrar en relaciones con ella, no podían menos de producir una especie de sustancia y de realidad, á las fantasías que constantemente inventaba su caprichosa imaginación. Guasconti no tenía un corazón muy profundo, (ó tal vez no había sondeado todavía su profundidad), pero estaba dotado de imaginación viva, y de uno de esos temperamentos ardientes del Mediodía, que aumentaban á cada instante su fiebre abrasadora. Beatriz poseía ó no aquel aliento mortal, aquella afinidad con las flores tan terribles en medio de su magnificencia, ¿qué parecían indicar las cosas de que Giovanni había sido testigo? Lo cierto es que había introducido gota á gota en todo su ser un veneno sutil y violento: no era amor, aun cuando la esplendorosa hermosura de la joven le volvía loco: no era tampoco horror, aunque se imaginaba que el alma de Beatriz se hallaba impregnada de la misma esencia venenosa que parecía circular por su cuerpo; pero era un producto salvaje de amor y de horror que reunía esas dos pasiones-madres, que abrasaba como la una, y hacia titilar como la otra. Giovanni no sabía lo que debía temer, ni lo que debía esperar; pero la esperanza y el temor sostenían en su corazón una guerra continua, consiguiendo alternativamente la victoria, y se relajaban después de la derrota, para volver á comenzar la lucha. Toda emoción puede ser un lien para nosotros cuando es sencilla, bien sea de júbilo ó de tristeza: pero la terrible mezcla de dos emociones contrarias, enciende las lúgubres llamas de las regiones infernales.

Algunas veces procuraba calmar la exaltación febril de su ánimo: recorriendo las calles de Pádua, ó paseándose fuera de las puertas de la ciudad; pero como sus pasos seguían el compás de las palpitaciones de su cerebro, el paseo degeneraba con frecuencia en una carrera rápida. Un día le detuvo asíéndole por el brazo un hombre grueso, que le conoció al volverse á mirarle, y que tuvo que sofocarse para alcanzarle.

—Señor Giovanni!... deteneos, mi joven amigo... gritó: ¿no me conocéis?... no me extrañaría si estuviese tan mudado como vos.

Era Baglioni, de quien Giovanni había huido desde su primera entrevista, por temor de que la penetración del catedrático no adivinase sus secretos. El joven se esforzó en recobrarle, dirigió una mirada en derredor suyo, y respondió como si soñase:

—Sí, soy Giovanni Guasconti, y vos sois el catedrático Pietro Baglioni: ahora dejadme pasar.

—Todavía no, todavía no, señor Giovanni Guasconti, dijo el profesor sonriendo, y procurando leer en el pensamiento del joven. ¿Pues qué?... yo he sido compañero de infancia y de juventud de vuestro padre, ¿y su hijo ha de pasar á mi lado por las antiguas calles de Pádua, como si fuese un extranjero? Deteneos, señor Giovanni, porque tenemos que cambiar algunas palabras antes de separarnos.

—Pues entonces que sea pronto, dignísimo catedrático, contestó Giovanni con impaciencia: ya podeis conocer que tengo prisa.

Mientras hablaba, pasó por la calle un hombre vestido de negro, encorvado, y que andaba con dificultad como si estuviese enfermo. Aunque su semblante era escusivamente pálido, se notaba no obstante en él una espresion de inteligencia tan activa, que cualquiera podía cerrar fácilmente los ojos sobre los síntomas de debilidad física, para no ver mas que aquella maravillosa energía. Aquel hombre saludó con frialdad á Baglioni, pero miró á Giovanni de una manera tan penetrante, que pareció descubrir en él todo lo que merecía su atención. Con todo, había en aquella mirada una calma particular, como si el extranjero no viese en el joven mas que un motivo de interés puramente especulativo y no humano.

—Es el doctor Rapaccini, murmuró el profesor cuando hubo pasado. ¿Os ha visto ya en alguna parte?

—Que yo sepa, no; contestó Giovanni á quien aquel nombre hizo estremecer.

—Os ha visto... es preciso que os haya visto... replicó Baglioni con precipitación. Ese sabio tiene sus razones para examinaros así: conozco su mirada... es la misma que ilumina friamente su rostro, cuando se inclina sobre un pájaro, un ratón, ó una mariposa, que ha muerto el perfume de alguna de sus flores: es una mirada tan profunda como la misma naturaleza, pero que carece del calor y del amor que existen en aquella. Señor Giovanni, apostaría mi cabeza á que sois objeto de uno de los experimentos de Rapaccini...

—¿Queréis volverme loco? exclamó Giovanni con viveza: sería, señor profesor, un objeto muy mal escogido.

—Paciencia, paciencia, replicó el imperturbable catedrático: te digo, mi pobre Giovanni, que Rapaccini ve en tí un objeto de interés científico; ¿has caído en sus terribles manos!... y la señora Beatriz, ¿que papel desempeña en ese misterio?

Mas pareciéndole á Guasconti insoportable la obstinación de Baglioni, se desprendió de él, y huyó antes de que el catedrático pudiese volver á agarrarle el brazo: Baglioni siguió al joven con la vista, y meneó la cabeza murmurando:

—No sucederá: ese muchacho es hijo de un antiguo amigo mio, y no quiero le ocurra una desgracia de que pueden preservar los secretos de mi ciencia. Y luego es una impertinencia intolerable de Rapaccini, el arrebatarle, por decirlo así, á ese joven de entre las manos, y servirse de él para sus infernales experimentos. ¡Su hija!... velaremos: tal vez, sapientísimo Rapaccini, os haga yo zozobrar donde menos lo esperabais...

Giovanni había rodeado un poco, mas al fin se encontraba ya á la puerta de su casa. Al atravesar el umbral, vió á la vieja Lisabetta, que se sonreía con afectación, y evidentemente deseaba llamar su atención: pero fue en vano, porque la efervescencia de los sentimientos de Giovanni, se había convertido, aunque momentáneamente, en una triste y fria indiferencia. Fijó su mirada en aquel arrugado rostro que procuraba sonreírse, pero ni siquiera reparó en ello; de modo que la vieja se vió en la necesidad de tirarle de la capa.

—Señor... señor... murmuró siempre con la sonrisa en su desmesurada boca, que la hacia asemejarse á una de esas grotescas figuras esculpidas en madera y ennegrecidas por los siglos: escuchad, señor... hay una puerta secreta para entrar en el jardín...

—¿Qué decís?... respondió Giovanni volviéndose con presteza; ¿una puerta secreta para entrar en el jardín del doctor Rapaccini?

—Chit... chit... no hableis tan alto, murmuró Lisabetta tapándole la boca con la mano. Sí, en el jardín del ilustre doc-

tor cuyas flores podeis ver. Muchos jóvenes de Pádua prodigarian el oro por ser admitidos en él.

Giovanni la puso una moneda de oro en la mano.

—Enseñadme el camino, la dijo.

Una sospecha, excitada probablemente por la conversación que había tenido con Baglioni, cruzó entonces por su imaginación: la intervención de la vieja Lisabetta, quizá no carecía de relación con la intriga misteriosa en que el catedrático suponía que Rapaccini quería envolverle. Pero aquella sospecha, aunque turbaba á Giovanni, no fué bastante para contenerle. En cuanto vislumbró la posibilidad de acercarse á Beatriz, le pareció que estaba absolutamente obligado á hacerlo. ¿Qué le importaba que fuese un ángel ó un demonio? Se sentía irresistiblemente atraído hacia su esfera, y no podía sustraerse á la ley que le hacia describir en derredor de ella, círculos mas ó menos estrechos, hasta que llegase á un resultado que no intentaba ni aun preveer. Y sin embargo, ¿cosa extraña!... le asaltó una duda repentina; si el ardiente interés que creía experimentar por Beatriz, era verdaderamente bastante profundo y bastante real para escusar la temeridad con que iba á lanzarse en una posición, cuyas consecuencias ignoraba, y si no era simplemente un capricho de joven, que nada, ó casi nada tenía de comun con su corazón.

Se detuvo... titubeó... medio se volvió, pero al fin continuó su camino. Su guía de arrugado rostro, le hizo atravesar muchos corredores oscuros, y abrió por último una puerta, que le permitió ver las hojas mecidas por el viento é iluminadas por el sol. Giovanni atravesó el umbral, y abriéndose paso por entre las enlazadas ramas de los arbustos se encontró debajo de su ventana en el jardín del doctor Rapaccini.

¿Cuántas veces sucede que cuando se han desvanecido imposibilidades, y los sueños han condensado sus sustancias brumosas en realidades tangibles, nos encontramos con calma y sangre fria en medio de circunstancias cuya sola previsión nos había sumido en el delirio de la alegría ó del dolor!... El destino se complace en burlarse de nosotros: la pasión escoge el momento que la agrada para presentarse en la escena, y se queda perezosamente rezagada, cuando circunstancias favorables parecen llamarla. Esto era precisamente lo que experimentaba Giovanni: todos los días alteraba su pulso la idea improbable de una entrevista con Beatriz, de una conferencia con ella en el jardín, en donde, animándose con el brillo oriental de su hermosura, pudiera sorprender en sus miradas el misterio que creía el enigma de su propia existencia. Pero en aquel momento reinaba en su corazón una tranquilidad singular é intempestiva. Dirigió su vista por todo el jardín, y no descubriendo ni á Beatriz ni á su padre, comenzó con frialdad á examinar las plantas.

El aspecto de todas y de cada una de ellas, le disgustó: su magnificencia parecía violenta, apasionada y poco natural. Apenas había allí un arbusto, que un viajero, al atravesar un bosque, no se hubiera asustado de encontrar, porque le parecería que una figura del otro mundo le dirigía una mirada terrible desde en medio de aquellas zarzas. Otros, nos habrían disgustado por su aire artificial, porque indicaban que allí había tal mezcla, y aun casi me atrevería á decir tal adulterio de vegetales de diversas especies, que el producto no era ya un ser criado por Dios, sino la obra monstruosa de la imaginación depravada del hombre, que solo brilla de una manera funesta y falaz. Aquellas plantas eran probablemente el resultado de experimentos, que alguna vez habían llegado á formar, por el enlace de dos individuos preciosos, un compuesto que poseía el carácter siniestro y misterioso que distinguía á todo lo que crecía en aquel jardín. Giovanni no reconoció mas que dos ó tres plantas en toda la colección, y para eso pertenecían á una especie que sabía era muy venenosa. Mientras estaba ocupado en aquel exámen oyó crujir un vestido de seda, y volviendo la cabeza vió á Beatriz que salía de la casa.

Giovanni no había pensado lo que debía hacer en aquella circunstancia: ¿se escusaría de su intrusión en el jardín, ó bien debía admitir tácitamente que estaba allí sino por consentimiento espreso de ambos, al menos, á sabiendas del doctor

Rapaccini ó de su hija?... Las maneras de Beatriz le tranquilizaron, aunque le dejaron en dudas acerca del resultado de su entrada: bajó alegremente el sendero y encontró al joven junto a la fuente de las ruinas: en su semblante se veía pintada la sorpresa, pero combatida por cierto aire de benevolencia y de placer.

—¿Sois aficionado á las flores, caballero?... dijo Beatriz con la sonrisa en los labios, aludiendo al ramillete que la había regalado desde su ventana: por eso no me extraña que al ver la rara colección de las de mi padre, hayais cedido á la tentación de examinarla de cerca. Si estuviere aquí, podría deciros muchas cosas extrañas é interesantes sobre la naturaleza y hábitos de las plantas, porque ha pasado toda su vida estudiándolas, y este jardín es su universo.

—Vos también, señorita, si lo que dicen es cierto, vos también, contestó Giovanni, conocéis las virtudes de esas magníficas flores y de sus penetrantes perfumes. Si os dignaseis servirme de profesor, creo que haría progresos mas rápidos que con el mismo señor Rapaccini.

—¿Con que según eso, el mundo se ocupa de cosas tan fútiles? dijo Beatriz con candorosa sonrisa: aseguran que me hallo versada en la ciencia de mi padre? pues es una chanza. No; aunque me he criado entre estas flores, no conozco de ellas mas que sus colores y sus perfumes, y algunas veces me parece que me desharía con gusto de mi poco saber. Hay aquí flores, y no son por cierto las menos hermosas, que me extrañan y me ofuscan cuando fijo en ellas mis miradas. Os suplico, pues, caballero, que no deis crédito alguno á lo que dicen de mi ciencia: no creais de mí mas que lo que viereis con vuestros propios ojos.

—¿Y he de creer todo lo que he visto con mis propios ojos? preguntó Giovanni, estremeciéndose con el recuerdo de las escenas de que había sido testigo; no, señora, mandadme que no crea mas que lo que me diga vuestra boca.

Sin duda Beatriz le comprendía, porque un vivo rubor coloreó sus mejillas; pero fijó sus ojos en los de Giovanni, y respondió á su aire de inquieta sospecha con la altivez de una reina.

—Si, os lo mando, caballero, olvidad todo lo que habeis podido imaginar acerca de mí: lo que á vuestros sentidos les ha parecido verdadero puede muy bien que sea una falsedad. Pero las palabras de Beatriz Rapaccini, son la espresion de un corazón que no sabe disimular: podeis creerlo.

Su rostro estaba animado de un ardor que brilló á los ojos de la conciencia de Giovanni, como la luz de la verdad. Y mientras hablaba, se difundía en derredor de ella un perfume rico y delicioso aunque efímero, pero que el joven, por una repugnancia indefinible, apenas se atrevía a respirar. Aquel perfume era sin duda de las flores; porque cómo había de ser posible que el aliento de Beatriz penetrase sus palabras de un olor tan suave? Hubo un instante en que Giovanni creyó iba á desmayarse; pero su debilidad pasó como una sombra: parecióle leer en los ojos de aquella joven encantadora hasta el fondo de su alma trasparente, y ya no espermentó dudas ni temores.

El rubor que había puesto encarnadas las mejillas de Beatriz se dispuso: se abandonó á una dulce alegría y parecía que sus relaciones con Giovanni la producían un goce muy puro, bastante semejante al que experimentaría la virgen que habitase en una isla desierta, al conversar con un viajero del mundo civilizado. Evidentemente su experiencia de la vida se hallaba reducida á las tapias de aquel jardín: hablaba de cosas tan sencillas como la luz y las nubes del estío, y hacia sobre la ciudad de Pádua, la lejána patria de Giovanni, sus amigos, su madre y sus hermanas, preguntas que indicaban tal reclusión y tal ignorancia del mundo, que Giovanni la contestaba como á una niña. Su alma se dilataba delante de él, como un fresco arroyuelo que acaba de nacer, y se asombra de los reflejos del cielo y de la tierra, que embellecen sus aguas. Tenía también pensamientos muy profundos, é imágenes brillantes como pedrería, y hubiérase dicho que de aquel manantial brotaban rubíes y diamantes. De cuando en cuando el joven se quedaba sorprendido al reflexionar que paseaba al lado de la que había hecho una impresion tan viva en su imaginación (á la que prestara unas tintas tan sombrías), y cuyas cualidades se le habían manifestado de una manera tan aterradora: hablaba con Beatriz como un hermano con su hermana, y la encontraba sencilla y pura. Pero aquellas reflexiones no duraban mas que un instante, pues el efecto del carácter de Beatriz era demasiado real para no familiarizarse al punto con él.

En medio de aquella dulce intimidad habían recorrido ya todo el jardín y se hallaban otra vez, despues de dar muchas vueltas por todos sus senderos, en la fuente de las ruinas, junto á la cual crecía el magnífico arbusto con su tesoro de resplandecientes flores. Escapábase de él un perfume que Giovanni reconoció era el mismo que había atribuido al aliento de Beatriz, pero incomparablemente mucho mas fuerte. Cuando la joven fijó sus miradas en el arbusto, Giovanni la vió apretar su mano contra su corazón, como si sintiese en él punzadas dolorosas.

—Por la primera vez de mi vida, murmuró, le había olvidado.

—Me acuerdo, señorita, la dijo Giovanni, que un día me prometisteis uno de esos rubíes vivientes, en cambio del ramillete que tuve la feliz temeridad de arrojar á vuestros pies: permitidme coger una de esas flores en memoria de esta entrevista.

Y extendiendo la mano dió un paso hacia el arbusto; pero la joven se interpuso con precipitación y lanzó un grito que atravesó el corazón de Giovanni como un puñal. Le asió la mano y se la retiró hacia atrás con todo el vigor de que era capaz su delicada persona: el temblor de la mano de Beatriz hizo estremecer todas las fibras de Giovanni.

—No le toques!... exclamó con voz angustiada, aun cuando se tratase de tu vida... esa planta es fatal...

Y luego ocultando su rostro entre sus manos, huyó y desapareció. Al seguirla con la vista, Giovanni vió al doctor Rapaccini, con su cuerpo enflaquecido y su rostro macilento por el estudio, oculto entre la sombra del vestíbulo: cuánto tiempo había que presenciaba aquella escena?

Apenas estuvo Guasconti solo en su cuarto, se presentó á su ardiente fantasía, la imagen de Beatriz revestida de todos los encantos que desde un principio había descubierto en ella, y penetrada al mismo tiempo de los dulces sentimientos naturales en una joven. Estaba dotada de todas las buenas

cualidades de la muger: era digna de ser amada, y seguramente también, por su parte, era capaz de todo el heroísmo del amor. Los signos que hasta entonces había mirado como las pruebas de una terrible singularidad de su naturaleza física y moral, quedaban ya condenados al olvido, ó la sutil lógica del amor los había transformado en una mágica corona de oro, que hacia á Beatriz tanto mas admirable cuanto que era única. Todo lo que le parecía un día repugnante, había llegado á ser encantador, ó se encubría en aquellas semi-ideas vagas y sin forma que llenaban las oscuras regiones que se extienden mas allá de aquellas de que tenemos un conocimiento perfecto. Así pasó Giovanni la noche, y no se durmió hasta que la rosada aurora comenzó á dar nueva vida á las aletargadas flores del jardín de Rapaccini, á donde sin duda le trasportaron sus sueños. Salíó el sol á la hora acostumbrada, e hijriendo con sus rayos los ojos del joven, le despertó con cierta sensación de dolor, porque sintió bien pronto un escozor como el de una quemadura en su mano derecha, la misma que Beatriz le había agarrado en el momento de querer cortar la hermosa flor de color de púrpura. En el dorso de su mano había una señal encarnada en la que estaban marcados cuatro dedos muy lindos, y en su muñeca el pulgar.

¡Oh! ¡con qué obstinacion el amor (ó sea esa apariencia de amor que florece en nuestra imaginación sin echar raíces en el corazón), con qué obstinacion guarda su fe hasta que llegue el momento en que debe disiparse como un ligero vapor! Giovanni se ató su pañuelo á la mano, creyó que le había picado algún insecto, y no tardó en olvidar su dolor, pensando en Beatriz.

Despues de la primera entrevista, lo que llamamos el destino, no podía dejar de proporcionar la segunda, luego la tercera y en seguida la cuarta: bien pronto un encuentro con Beatriz en el jardín, no fué ya un incidente de la vida de Giovanni, sino mas bien su vida entera: porque el esperar primero aquella hora llena de delicias, y su recuerdo luego, le ocupaban y absorbían completamente. Lo mismo la sucedía á la hija de Rapaccini, espíaba la aparición del joven, y corría á recibirle con tanta familiaridad, como si hubiesen sido compañeros de los juegos de la infancia. Si por una casualidad se retardaba un poco y no llegaba en el momento convenido, se mantenía detrás de la ventana, y hacia resonar en su habitación las melodiosas vibraciones de su voz, que encontraban siempre eco en su corazón. ¡Giovanni! ¡Giovanni! ¿por qué tardas?... Baja... Y él se apresuraba á bajar á aquel Eden de flores venenosas.

Mas á pesar de aquella dulce intimidad, había no obstante en la conducta de Beatriz una reserva tan rigida y tan inviolablemente observada, que la idea de infringirla apenas se presentaba á la imaginación de Giovanni. Según todos los indicios dignos de apreciación, era indudable que se amaban: sus miradas habían llevado el secreto de su amor desde las profundidades del corazón de uno al del otro, como si aquel amor fuese demasiado santo para ser pronunciado; habían hablado, es cierto, del amor, con efusiones apasionadas en que sus almas se mezclaban con sus palabras, semejantes á las lenguas de fuego encubiertas por mucho tiempo, y sin embargo, no había habido ni un solo ósculo, ni un apretón de manos, ni ninguna de esas dulces caricias que el amor reclama y santifica. Jamás había tocado Giovanni uno de los lustrosos rizos del cabello de Beatriz; jamás (tan grande era la barrera que existía entre ellos), el vestido de Beatriz, agitado por la brisa, había rozado el de Giovanni. En las ocasiones, muy raras, en que el joven parecía querer atravesar aquella barrera, Beatriz se ponía tan triste y tan severa, aunque parecía desconocerla su separación, que no tenía necesidad de proferir una palabra para rechazarle. Entonces era cuando él se estremecía con las terribles sospechas que salían, como otros tantos monstruos, de las cavernas de su corazón, y acudían á mirarle de frente: su amor se volvía débil y ligero como la niebla de la mañana, y solo tomaban consistencia sus dudas. Pero cuando un instante despues tornaba á serenarse la frente de Beatriz, cesaba al punto de ser la criatura misteriosa que miraba con tanto horror y espanto, para convertirse en la joven encantadora y sencilla, que su talento tenía la ciencia de conocer mejor que ninguna otra cosa en el mundo.

(Se continuará).

Estadística.—Bibliografía.

DE LA IMPRENTA EN EL SIGLO XV, Y DE LA PROPAGACION DE ESTE ARTE POR LAS VARIAS PARTES DEL MUNDO.

Con el perfeccionamiento de la imprenta, la reproducción de los libros y la propagación de las ideas ha dejado de ser una ciencia, un arte; el gabinete del sabio se ha transformado en taller, y á todos aquellos hombres laboriosos é instruidos que se dedicaban con noble ahínco á copiar los manuscritos, han sucedido obreros poco cuidadosos del interés de la ciencia; y esta tarea no se ha emprendido ya por amor, como una misión esplendorosa que debiera cumplirse, sino tan solo por interés, cual se emprende un oficio cualquiera. Así lo quiere la industria: egoísta, absoluta en sus cálculos sacrifica todos los órganos de la inteligencia á un objeto especial; llevando la división del trabajo hasta su mayor extremo, condenando al hombre á no ejecutar sino la mas pequeña fracción posible de un gran todo á fin de obtener resultados mas pronto, destruye las diversas facultades de su entendimiento, le aisla del movimiento mas general que se verifica en torno de él. Este fraccionamiento del trabajo, útil en sí, se ha introducido también en la imprenta produciendo sus frutos ordinarios: apenas sabe un niño deletrear, ya le afilian en aquel misterio, (denominación genérica en la edad media con que se designaban diferentes ramos del arte.) Aquel no es un hombre ilustrado que tenga un conocimiento de sus actos, sino mas bien una máquina; pero se va llenando el objeto. ¡Cuán pocos son hoy día los cajistas de imprenta capaces de entender la copia que están encargados de transcribir en letras de plomo!

En los primeros tiempos de este arte milagroso, los hombres mas eminentes de la época iban á agruparse en torno

del impresor, que no pocas veces era también hombre de esclarecido mérito, como Caxton, Menicus, Juan de Wesfalia, Aldo, Roberto Estéfano y Platino; poníanse palacios á su disposición á fin de que pudiesen ejercer su arte con mas desahogo. A su vez Erasmo de Rotterdam, Demetrio Calcondilas de Atenas, Badio de Flandes, Alejandro, Navijero, Balzoni, no se desdaban de ir á la imprenta á corregir pruebas y á discutir acerca del valor de los textos. Hasta los mismos soberanos procuraban realzar con sus favores, si hubiese sido posible, este arte, tenido á la sazón en la mayor estimación por todo el mundo. Sixto IV concedió á Jenson el título de conde Palatino; el rey Eduardo quiso ser amigo de Caxton; Felipe II condecoró á Cristóbal Plautino con el título de architypographus regius, y no pocas veces Francisco I permaneció en pie y silencioso en el gabinete de Roberto Estéfano, aguardando que este hubiese acabado de corregir las pruebas. ¡Cuán mudados están los tiempos! Pero prosigamos con método la tarea que nos hemos impuesto.

Los bibliographoi de Atenas y los librarii de Roma, que por profesión se dedicaban á transcribir libros, eran todos excelentes gramáticos y estaban mas ó menos versados en el estudio de la filosofía y de la historia. Ora en el silencio y el recogimiento se les veía dedicarse á comprender bien los pasajes difíciles del libro que se encargaban de copiar; ora reunidos en una misma sala con las tablitas sobre las rodillas, el *scriinium* á los pies, escribían cuidadosamente lo que les iba dictando uno de sus colaboradores, y de esta suerte producían á un tiempo varios ejemplares de una obra que el público buscaba con ansia; despues pasaban á una pieza separada donde de dos en dos iban cotejando sus trabajos, á fin de enmendar las omisiones y corregir las faltas que tal vez habían cometido; porque los compradores de libros en Roma y Atenas eran sumamente escrupulosos. Si el libro era incorrecto, ya podía el bibliopola ponerlo de muestra, nadie se le compraba, y tenía que cederlo á bajo precio á los chalanes, que iban á revenderlo en los arrabales ó provincias distantes, ya á fin de que sirviera de enseñar á leer á los niños, ya para ejercer su inesperta mano en la escritura al revés del papiro ó pergamino, que nunca era utilizado por los copistas. Algunas veces era todavía menos honroso el destino que se daba á tales obras, pues eran vendidas á los especieros, á los tratantes en pescados ó á los cocineros, los cuales las destinaban á envolver incienso, pimienta, aceitunas, atum de Marsella ó anchoas de Bizancio. Los calígrafos adornaban las letras capitales, los capítulos, el principio y el fin de las obras con hermosos arabescos, dibujos de aves y flores, realzándolos con oro y colores brillantes; muchas veces su trabajo era muestra de grandísima paciencia, pues Plinio asegura que había visto los veinte y cuatro libros de la Iliada de Homero copiados en una sola tira de pergamino, que hubiera podido caber dentro de una nuez.

Los progresos de la religión cristiana dieron luego un nuevo impulso á la profesión de los copistas. Era necesario combatir con fuerza con las armas de la inteligencia y propagar las nuevas ideas bajo todas las formas. Los conventos multiplicaron los manuscritos á porfía. En Constantinopla, las islas del mar Egeo, la Calabria, las inmediaciones de Nápoles, el monte Atos y los conventos del Asia Menor, se estaban copiando noche y día no solo las tradiciones cristianas, sino también las obras maestras de la antigüedad. Cuando cesó la lucha fué difundiendo el gusto á la literatura, y los buenos manuscritos y la transcripción de los libros ocupó los mas nobles ocios. Alfredo el Grande despues de haber dado cincuenta batallas por tierra y por mar, tuvo aun tiempo para escribir y copiar muchas obras; las fábulas de Esopo, las historias de Beda y Osorio y el libro de los Consueles de la Filosofía por Boecio. Los príncipes y reyes procuraron alentar esta noble profesión, y los conventos, que eran á la sazón los focos mas activos de los conocimientos humanos, hicieron los mayores esfuerzos para reunir en su *scriptorium* los mas hábiles copistas. En 855, San Lupo, abad de Ferrières, envió dos de sus monjes á Italia con el solo objeto de transcribir el tratado de Ciceron *De Oratore*, y algunos otros libros latinos de los que no poseía mas que fragmentos. En 1241 la abadia de Glastomburi poseía cuatrocientos volúmenes, entre los cuales se hallaban Tito Livio, Salustio, Virgilio y Claudiano, y esta era la biblioteca mas importante de Inglaterra. Luis IX á su vuelta de Egipto hizo transcribir los mejores manuscritos de los monasterios de su reino, á fin de formar colecciones, que instaló en la santa capilla de palacio, poniéndolos á disposición de los sabios.

En el siglo XIII había en las universidades de Italia muchos gramáticos que se ocupaban exclusivamente en copiar libros. A fines de aquel siglo contábanse en Milan cincuenta copistas. Giovanni Boccaccio, que era muy apasionado á los libros y á los manuscritos, que sin cesar transcribía y volvía á transcribir, hizo una copia de la *Divina Comedia* que ofreció en regalo al Petrarca á la sazón refugiado en Milan, dando é sucesivamente un Tito Livio, varios tratados de Ciceron y algunas obras de San Agustín, todas escritas de su mano. Ya en esta época comenzaban á estenderse los manuscritos. Pedro de Blois habla de un libro de derecho que le había proporcionado, *quidam magno librorum*; sin embargo, las obras de algun mérito eran traspassadas de unos á otros al modo de los bienes raíces. En 1352, Gerardo de Montgu, abogado del rey, (fiscal) en el parlamento de París, compró ante escribano un libro intitulado *Speculum historiale in consuetudines parisienses*; y los conventos tenían el mismo cuidado de registrar los títulos de las obras de que llegaban á ser dueños, del mismo modo que si se hubiese tratado de una heredad ó de una casa. El maestro del Petrarca al fin de sus días se vió precisado á empeñar dos pequeños volúmenes de Ciceron para pagar sus deudas: finalmente, el obispo de Vence legó á los canónigos de San Víctor de Marsella toda su biblioteca, á escepcion de un breviario, cuyo importe debía destinarse á la adquisición de buenas tierras. Todos estos hechos prueban que en la edad media eran tenidos los libros en mucho aprecio, siendo accesibles tan solo á un corto número de personas. Pero no se crea que únicamente en la cristiandad se tenía amor á la ciencia, pues también los musulmanes victoriosos, á quienes se ha echado en cara tanta ignorancia y barbarie, hacían los mas laudables esfuerzos para conservar ó adquirir grandes depósitos de libros.

En Egipto, Mauritania, España, Siria, Bokara, Samarcanda, y entodas las comarcas sometidas al Alcoran, príncipes rivales ó vasallos de los califas formaban bibliotecas á porfía.

El Haken II, por sobrenombre el Moskanser, califa de Córdoba, mantenía en África, Egipto y Persia, agentes encargados de comprar ó hacer copiar á toda costa los manuscritos mas preciosos. Su palacio estaba constantemente abierto á los sabios y literatos; habia reunido una biblioteca de seiscientos mil volúmenes, cuya mayor parte se hallaban enriquecidos con excelentes notas escritas de mano propia de aquel príncipe. La biblioteca de los califas de Egipto en el Cairo ocupaba cuarenta salas, y se componía de mas de un millon de volúmenes, cuya mayor parte se hallaban enriquecidos con preciosos autógrafos notables por la preciosa escritura y la riqueza de las encuadernaciones. Durante los desórdenes que señalaron una parte del reinado del califa Moskanser, hacia el año 1080, fué saqueada aquella biblioteca por las milicias turcas que tomaban libros en pago de sus atrasos. Un día, el mismo visir hizo llevar á su habitacion los que pudieron traer veinte y cinco camellos en virtud de una autorizacion, que por 500 dinares, 200,000 rs., que se le estaban adelantando le adjudicaba en libros el valor de 100,000. (4,000,000 de reales.) Despues del robo de la casa de este ministro, los esclavos quitaron los tapices á los estantes y las cubiertas á una gran parte de aquellos libros á fin de hacerse cobro, y quemaron las hojas. Los demas fueron hechos pedazos, devorados por las llamas, arrojados al Nilo ó llevados á países extranjeros, quedando los restantes hacinados junto á las murallas de la ciudad, donde sirvieron de base á varios montecillos que fueron formándose con la arena y tierra, que no tardaron en reunir allí los vientos, y desde entonces se las llamó las *colinas de libros*. Finalmente, cuando los tártaros se apoderaron de Bagdad en 1258, era tan considerable el depósito de los libros reunidos en diferentes bibliotecas de aquella ciudad, que queriendo los vencedores echarlos en el Tigris á fin de dispersarlos, se formó con ellos una calzada tan sólida, mas abajo de la ciudad, que por espacio de muchos dias pudieron transitar por ella, no solo los que iban á pie sino tambien los montados.

Si dista mucho el Occidente de igualar la magnificencia de los orientales en la produccion de los libros, no puede decirse que trabajase con menos ardor en popularizar la ciencia. En Oxford, Cambridge y Londres, contábase mas de 6,000 escribientes ocupados continuamente en copiar. París y Orleans reunian 10,000; de todas partes acudian los amanuenses-libreros, hacíanse agregar á las universidades, y era grandísimo el despacho de sus obras, atendida la lentitud de sus procedimientos. Una copia de la Biblia, ejecutada en cinco meses en la abadía de Moyen Montier en la Lorena, fue considerada como un prodigio de trabajo. Pero toda esta actividad de los escribientes no bastaba á satisfacer todas las necesidades; las controversias religiosas eran cada dia mas frecuentes, y se necesitaban armas proporcionadas al combate que se iba á empeñar. Los copistas, á fin de concluir mas pronto su tarea, habian adoptado una escritura tan cargada de ligaduras, tan erizada de abreviaciones, que los manuscritos iban haciéndose ilegibles. Era, pues, necesario encontrar un método de escribir mejor y mas pronto: era preciso que apareciese la tipografía, porque segun Dugald Stewart «la imprenta debe mas bien considerarse como el resultado de las causas generales de que depende el progreso de la sociedad, que como el mero efecto de un feliz acaso.»

Como quiera, de 1456 á 1457 descubriose la imprenta, y este suceso corresponde perfectamente á los sucesos de la época. Sabia y contemplativa al principio, se convierte despues en militante bajo la influencia de los sucesos de Gerónimo de Praga y de Juan Huss, los cuales de progreso en progreso no se detienen hasta Lutero. Así católicos como protestantes, la emplean alternativamente, ora para el ataque, ora la defensa; es un arma nueva que todos quieren probar, y que en manos de todos retumba como el trueno y corta como la espada. Así es que el ir siguiendo el extraordinario vuelo que tomó la imprenta en el corto espacio de medio siglo, es una de las empresas mas útiles y curiosas al mismo tiempo.

Apenas Lorenzo Coster de Haarlem hubo ejecutado sus informes ensayos (1456), se apodera Faus de sus procedimientos, y corre á Maguncia á ponerlos por obra y perfeccionarlos. El primer libro que publica en esta ciudad se titula *Alexandri Galli doctrinale* (1442). Pero éste no es todavía mas que un bosquejo; es preciso que Gutenberg y Schaffer lleguen á grabar matrices y á fundir caracteres móviles para que la invencion sea completa y acabada. No tarda en verificarse este perfeccionamiento, y es su primer resultado el *Psalmorum codex* (1457). Por lo demas, los aficionados á la bibliografía podrán visitar con fruto la biblioteca de Maguncia, la cual posee una coleccion casi completa de los primeros monumentos del arte tipográfico, salidos la mayor parte de un pequeño edificio situado en la plaza de los Franciscanos de aquella ciudad, y llamado *Hof zum juncuen*; si, allí fue donde empezaron los primeros trabajos de la imprenta, allí donde apareció aquel brillante meteoro que debia alumbrar al mundo entero.

*Artem, quæ Græcos lasuit, latuitque Latinos
Germani soler extudit ingenium.
Nunc, quidquid veteres sapiunt sapiuntque recentes
Non sibi sed populis omnibus id sapiunt.*

Tales son los disticos que los patricios de Maguncia han hecho grabar sobre el pedestal de la estatua erigida á Gutenberg en 1857, monumento que completa las que la Holanda habia levantado ya á Lorenzo Coster en Haarlem, y á Erasmo en Rotterdam, uno de los grandes promovedores de este arte, y el principal corrector de las obras publicadas por los Aldos.

Adolfo de Nassau ennobleció á Gutenberg y le hizo baron: honor estéril que ningun resultado produjo en honor del arte. Habiendo poco tiempo despues el duque de Nassau declarado la guerra al elector de Maguncia, apoderose de la ciudad despojandola de sus privilegios é inmunidades. La industria sufrió mucho con este golpe despótico; todos los obreros emigraron, y los impresores se desparramaron por todas las ciudades de Europa. Balrico Hau Suvenheim y Arnoldo Pannaris se trasladaron á Italia, donde publicaron (1465) en el monasterio de los benedictinos alemanes de Subiaco, las obras de Lactancio. De Subiaco pasaron aquellos tres grandes tipógrafos á Roma, á invitacion de Pedro y Francisco de Maximis; plantearon sus prensas en el palacio de estos dos hermanos, y dieron principio á sus trabajos (1467) con una edicion de las piestolas familiares de Ciceron. En el espacio de siete años,

imprimieron en Roma 12,475 volúmenes de diversos autores. No obstante, Venecia reclama en favor suyo la primacia, pues se gloria de haber visto salir de sus prensas el primer libro impreso en Italia.

*Primus in Adriaca formis impressit acutis
Urbe libros, Spira genitus de stirpe Joannes.*

Esto es lo que dice Juan de Espira, llamado á Venecia por el gobierno, al frente de una edicion de las epistolas de Ciceron que publicó en Venecia en 1463. Hizosele tan buena acogida, que en el espacio de quince años, de 1463 á 1494, fueron á establecerse en Venecia 174 impresores extranjeros. Así es que la imprenta naciente es deudora á aquella ciudad de algunas de sus mas importantes modificaciones. En Venecia fue donde por primera vez se dejó de emplear las letras góticas usadas por los inventores del arte en Alemania, prevaleciendo los caracteres redondos, cuya perfeccion los puso desde luego en boga en todas partes. En tiempo de Manucio publicó Venecia las primeras ediciones griegas, por mas que pretendan algunos eruditos hacer remontar el tipo de los usos griegos á Zarat de Milan, el cual en 1476 publicó la primera gramática griega de Constantino Lascaris. De sus prensas salieron tambien las primeras biblias, impresas en caracteres hebreos, tipos de que ya habian hecho uso en Saccino (1480), los rabinos Josué y Moisés.

Por esta misma época (1463), tres obreros de Maguncia, Ulrich Geringer, Crantz y Miguel Friburquer, llamados á París por Juan de la Pierre, prior de la Sorbona, y Guillermo Fichet, profesor de retórica, fueron á establecer sus talleres en el mismo colegio de la Sorbona, con indecible satisfaccion de los sabios y escolares, á los cuales iba á ahorrar muchos escudos el nuevo descubrimiento. La llegada de aquellos tres artistas á París hizo resolver en favor de sus compatriotas una cuestion que se suscitara entre ellos y el parlamento, á causa de una porcion de libros que se hallaban en depósito en aquella capital. Este suceso es bastante curioso y merece referirse.

(Se concluirá.)

Tien-Té, gefe de los insurgentes Mings, pretendiente al imperio de la China.

El vasto imperio de la China, toca ya á una disolucion completa. Los insurgentes, mandados por el joven pretendiente Tien-Té, se han apoderado de Nankin, capital de la provincia de su nombre, jardin y granero del imperio: domina á Pekin, como una esclusa al canal y como un portazgo á un camino. Se considera como indudable que los insurgentes llegarán hasta la corte imperial, y se apoderarán de ella: una vez allí, la falta de telégrafos y de comunicaciones rápidas producirá los mismos efectos que en Europa el escaso de centralizacion, porque todos los extremos se tocan; y cuando Tien-Té esté en Pekin, habrá concluido la dinastía tártara. ¿Qué significa ese movimiento que nació ayer, y que se propaga con una rapidez y un éxito prodigiosos por el Celeste imperio? Que al espíritu innovador nada le contiene y que destrona al antiguo. La dinastía manchua, que conquistó la China con grave perjuicio de los soberanos indígenas, se hunde y estingue en la infatuacion, la inamovilidad y la ofuscacion del orgullo.

El emperador actual, Hien-Foung, cuyo nombre económico, pero falaz, significa *completa abundancia*, subió al trono en 1850. No tiene mas que veinte y dos años, y sin embargo, ese joven preocupado con las estúpidas delicias de que se ven rodeados los herederos del imperio, se muestra el adversario mas tenaz de toda reforma y de todo progreso. Hace largo tiempo que en China abundan los clubs y sociedades secretas: si eso es un mal, es por lo menos indicio de una necesidad, vaga tal vez, pero que los gobernantes, sean los que fueren, no deben despreciar ni tratar de combatir por solo los medios de compresion. Seria mucho mejor estudiarle, definirle y procurar remediarle. Pero no opina de ese modo Hien-Foung, que al grito de «reforma» lanzado por la nacion, responde con el de «resistencia.»

¿De qué se trata? A una distancia tan inmensa, y sin tener documentos y datos exactos, nos es muy difícil determinar con claridad el carácter de la insurreccion que ha levantado una muralla de escudos que amenaza, y quizá á esta hora derroca al último descendiente de los Tsing. Sin embargo, por los comprobantes que tenemos á la vista, y especialmente por el curioso é interesante trabajo de monseñores Gallery é Ivan sobre la *Insurreccion de la China*, podemos comprender que se trata á un mismo tiempo de una revolucion política y religiosa.

Tien-Té, gefe de la insurreccion, es tambien joven: no tiene mas que veinte y tres años. Su objeto ostensible es derribar la dinastía estrangera, y sustituir en su persona la raza nacional de los Mings. Todo anuncie a que lo conseguirá.

Pero no es solamente un Gustavo Wassa ó un Carlos Eduardo; es un reformador teológico, y participa de Juan de Leyde, tanto como del pretendiente monárquico. Su nombre, que significa *virtud celeste*, opuesto al de *perfecta abundancia*, indica bastante el carácter espiritual, á la par que temporal de su empresa: es el espíritu opuesto á la sensualidad la enervacion de que muere la dinastía de los *Manchoux* ó *Manchús*. Ha ido creciendo en las sociedades místicas y entre los francmasones, que hace ya algunos años minan el imperio Tsing, y cuya base, casi invariable, es una especie de trinidad ó triada, en que el hombre entra en comunidad con el cielo y la tierra. Declaramos francamente que no podemos explicar el dogma producido por esa triple alianza: lo que se ve bien claro, es que los insurgentes reformadores de la China, los hussitas del celeste imperio quieren abolir las supersticiones groseras de Buddha, y que han comenzado su obra iconoclasta, destruyendo los monumentos religiosos, pagodas, dragones, ídolos y demas que han podido haber á las manos. No será extraño que á estas horas la famosa torre de porcelana de Nankin, no se encuentre ya de pie sobre su base. Aquí es donde se revela la imperfeccion del alma humana: en Europa lo mismo que en Asia, ¿por qué cada paso que adelanta el espíritu ha de ir acompañado de destrucciones vandálicas, de atentados contra las obras del arte, de

la historia, de la vida muda é inofensiva de los siglos que han precedido?

Trátase, pues, de derribar la dinastía y la religion dominantes, para sustituir á la una los Mings, y á la otra un culto mas depurado, mas interior. Pero aun hay mas que todo eso: Tien-Té anuncia en voz alta que dividirá el imperio y le federalizará. Sin duda es tambien una necesidad política de ese imperio tan vasto y tan desprovisto de medios rápidos de comunicacion, un federalismo, que alojando los lazos de una tiranía aborrecida, permita á las provincias regirse y vivir á su manera: en el Norte para que continúe siendo asiático, y en el Mediodía para que se reforme con los elementos que allí existen por la institucion de los cinco puertos, y la incesante emigracion de los europeos: en una palabra, para que se preste y se prepare para una civilizacion superior, que ya no es posible denegar ni rechazar, y contra la que imbecilmente han combatido los últimos emperadores tártaros.

Los insurgentes han tomado por divisa la supresion de la larga cola que los conquistadores manchús habian impuesto, contra su voluntad, á toda la poblacion sojuzgada: esta vuelta á los antiguos usos la ha completado la adopcion del traje abierto por delante, que es el chino puro.

Cortarse ahora la trenza de cabellos ó cola, dicen monseñores Gallery é Ivan, equivale á sacar la espada y arrojar la vaina. Obsérvese, en efecto, que el retrato de Tien-Té, tal como nos le trasmiten las numerosas monedas y otras efigies esparcidas con profusion por todo el imperio, se distingue por su larga, completa, desusada y revolucionaria cabellera.

Si queremos mas pormenores, dejemos hablar á nuestros dos autores: El estudio y las vigilias, dicen, han envejecido al pretendiente. Es grave y triste; vive siempre retirado, y solo se comunica con los que le rodean para darles sus órdenes. Su fisonomía espresa la dulzura, pero esa dulzura propia de ciertos asiáticos que no escluye ni la firmeza, ni una especie de obstinacion particular á los creyentes. Su tez es la de los chinos de las provincias meridionales, y en cierto modo amarillenta: su estatura es mas elevada que la de Hien-Foung, pero parece menos robusto. Uno y otro han padecido la influencia de su educacion, y la parte moral se refleja en la física. El joven emperador, esbelto, altivo, de mirada segura, manda con arrogancia, y quiere ser ciegamente obedecido. Tien-Té por el contrario, tiene una mirada impasible que parece ir levantando uno á uno los pliegues del corazon humano, y que penetra hasta en sus profundidades: manda mas por sugestion que dictando sus órdenes directamente. En una palabra, tiene la reserva silenciosa del hombre que ha reflexionado mucho antes de franquearse con alguien acerca de sus proyectos. Su táctica y sus manifestos prueban que posee una rara sagacidad política, una superioridad de talento incontestable, y sobre todo, esa energia activa y sufrida, peculiar de los hombres educados en cierto modo en las sombras de las sociedades secretas.

Si este retrato es exacto, como no tenemos motivo alguno para dudarlo, no puede dejar la menor incertidumbre acerca del resultado de la lucha, aun cuando los repetidos boletines que nos llegan de Canton y de Nankin no demostrasen que las tropas imperiales se hallan derrotadas, y que todos sus combates han sido otros tantos reveses.

Esta lucha ha tomado por otra parte el carácter del encarnizamiento y del exterminio: no se da cuartel. Los insurgentes cogidos con las armas en la mano, ó lo que viene á ser lo mismo, sin el adorno ortodoxo de la larga cola, son decapitados sin piedad con la larga y afilada cuchilla, que hace las veces del hacha en las manos del verdugo chino. Tien-Té obra idénticamente lo mismo con los miserables defensores de Hien-Foung. Las provincias son alternativamente saqueadas y arruinadas por los dos partidos enemigos. He aquí un ejemplo: cuando los insurgentes tomaron la pequeña ciudad de Lo-Ngan, en marzo de 1851, los vencedores impusieron una contribucion á la poblacion, y ademas se apoderaron del administrador ó encargado de un *Monte de piedad*, y le exigieron por su rescate 1,000 taels (unos 8,000 francos.) El desgraciado comerciante pagó y fué puesto en libertad; pero al dia siguiente, las tropas imperiales arrojaron de allí á los rebeldes, volvieron á ocupar la ciudad, é impusieron á los habitantes una nueva contribucion. El desgraciado administrador del monte de piedad, tuvo que satisfacer entonces 3,000 taels: (24,000 francos.)

Tal es el fruto amargo de las civiles discordias.

Pero la guerra, que dura hace ya mas de dos años, toca á su término, y dentro de muy poco sabremos indudablemente si el amarillo é inmenso imperio del Medio es finalmente Ming ó Tsing.

Las playas del mar Caspio.

(Continuacion.)

Al dia siguiente de su llegada á Astrakhan, Mr. de Hell y su señora fueron á visitar, á alguna distancia de la ciudad y á la orilla izquierda del Volga, al príncipe kalmuco Tumenés. La isleta que le pertenece y en donde se eleva su palacio, se encuentra sola en medio del rio: al verla desde lejos bañada por las olas, se creeria que era un nido cubierto de verdor, que solo espera un soplo para abandonarse al curso rápido del Volga. Este príncipe, el mas rico é influyente de todos los gefes kalmucos, levantó á sus expensas en 1815 un regimiento que solo espera una sopla para abandonarse al curso rápido del Volga. Este príncipe, el mas rico é influyente de todos los gefes kalmucos, levanto á sus expensas en 1815 un regimiento que solo espera una sopla para abandonarse al curso rápido del Volga. Este príncipe, el mas rico é influyente de todos los gefes kalmucos, levanto á sus expensas en 1815 un regimiento que solo espera una sopla para abandonarse al curso rápido del Volga. Este príncipe, el mas rico é influyente de todos los gefes kalmucos, levanto á sus expensas en 1815 un regimiento que solo espera una sopla para abandonarse al curso rápido del Volga.

Mas allá de esa pagoda se ven algunos centenares de tiendas, esparcidas irregularmente en medio de magnificas praderas, campos bien cultivados, y animados por ginetes kalmucos en sus caballos salvajes, camellos que vagan por acá

y por allá, y rebaños de toda especie. Es un espectáculo pintoresco y hermoso, tanto en su conjunto como en sus pormenores.

En vano se busca allí algo que recuerde una residencia kalmuca: terciopelos, muebles, cristales, tapices de Europa y de Asia, todo indica la habitación de un gran señor, educado en las ideas y el sentimiento de la civilización europea. Las maneras esquisitas y la finura del príncipe, la lengua francesa que hablaba maravillosamente, todo en fin, hace variar la idea que generalmente se tiene de un jefe de esas tribus kalmucas tan salvajes, de un adorador del gran Lama, de un sectario del dogma de la metempsicosis.

Los viajeros, después de bien recibidos y obsequiados, fueron a hacer una visita a la cunada del príncipe, que durante la buena estación habita su tienda o *kibitka* predilecta en el palacio. He aquí cómo refiere esta visita Madama de Hell. «Iba por fin a ver las costumbres kalmucas sin mezcla de usos extranjeros. Por el camino supe que la princesa pasaba por muy hermosa y sabia entre su pueblo. Llegamos a su tienda con un acompañamiento bastante numeroso, y como estaba prevenida de nuestra visita, gozamos al entrar de un espectáculo que sobrepasaba a nuestros cálculos. Cuando levantaron la portezuela de la *kibitka* nos encontramos en una pieza circular bastante espaciosa, que recibía la luz por lo alto, con colgaduras de damasco encarnado, cuyo reflejo hacía que todos los objetos parecieran de color de fuego. El suelo estaba cubierto con una riquísima alfombra turca, y el aire embalsamado de perfumes. La princesa se hallaba sentada sobre un estrado en el centro de la tienda, vestida con telas brillantes y tan inmóvil como un ídolo. Una veintena de mugeres con trage de ceremonia, puestas en cucullas, formaban en derredor suyo un círculo tan extraño como variado.

«Cuando la princesa nos hubo dejado tiempo para admirarla, bajó lentamente las gradas de su estrado, se acercó a nosotros con dignidad, me alargó la mano, me abrazó afectuosamente, y me condujo al sitio que acababa de abandonar.

«Después de mil cumplimientos y ceremonias que no tenemos espacio para reproducir aquí, la princesa dió orden de que principiase el baile.

«Una de sus damas se levantó e hizo algunos pasos girando con lentitud sobre sí misma. Otra, siempre en cucullas, ejecutó en una guitarra oriental varias tocatas melancólicas, adecuadas a las circunstancias. Como aquella danza pantomímica, por su lánguida monotonía no expresaba ni el placer ni la alegría, era muy difícil de comprender. Durante aquel tiempo, Mad. de Hell examinó a la princesa y admiró su belleza, que a pesar de la oblicuidad de sus ojos y de sus mejillas prominentes encontraría mas de un admirador, aunque no fuese en Kalmukia. Su mirada, sobre todo, respiraba una bondad inefable, y, como todas las mugeres de su raza, tenía un aire de humildad tan cariñoso que la hacía mas interesante.»

Pasemos a su trage, que es el mismo que el de las demás mugeres. Su vestido, de una tela de Persia muy rica, estaba todo galoneado de plata y cubierto con una especie de túnica de seda muy ligera; por delante estaba abierto y no la bajaba mas que hasta las rodillas. Tenía una especie de corpiño que resplandecía con los bordados de plata y perlas finas. Sus cabellos, que eran muy negros y abundantes, la caían sobre el pecho en dos magníficas trenzas de un largo notable. Sobre la estrechidad de su cabeza llevaba graciosamente colocada una gorrita de tela amarilla, guarnecida con piel muy fina. Todo eso formaba un conjunto menos bárbaro de lo que había esperado Mad. de Hell. Esa expresión en boca de una francesa elegante nos sorprende, porque el trage oriental, tan encantador por su rica tela como por su forma, es seguramente menos ridículo y menos bárbaro que los nuestros.

Monótono y humilde es el baile de las mugeres, pero impetuoso y animado el de los hombres: la dominación se ma-



Mugeres kalmucas.

nifiesta en sus gestos, en la atrevida expresión de sus miradas, y en la manera noble con que se presentan. No sería posible describir todas las evoluciones que efectúan con tanta gracia como rapidez. La elasticidad de sus miembros es tan notable como la perfecta medida que arregla los pasos mas complicados.

Al baile siguió el concierto: las mugeres cantaron a coro, pero su música es tan poco variada como su danza.

Al salir de la *kibitka*, el cuñado de la princesa condujo a los viajeros a una yeguada de caballos salvajes, en donde les aguardaba una escena muy curiosa. En cuanto los divisaron; cinco o seis hombres con unos lazos muy largos, se lanzaron en medio de la yeguada con los ojos fijos en el príncipe, que debía señalarles el animal que habían de agarrar. Dada la señal, se precipitaron en el cercado y enlazaron en un momento un potro de larga crin, cuyo terror anunciaban sus ojos dilatados y sus narices humeantes. Al instante un kalmuco vestido a la ligera, y que los seguía a pie, se lanzó sobre el animal, cortó el lazo que le sujetaba, y comenzó con él una lucha increíble de audacia y de agilidad; el jinete y el caballo rodaban unas veces por la yerba, y otras hendían rápidamente el aire como una flecha, para detenerse bruscamente como si una pared se alzase en frente de ellos. El caballo furioso, se arrastraba sobre el vientre o se encabritaba; y luego volvía a emprender su desordenada carrera, buscando por todos los medios posibles desembarazarse del enemigo que oprimía su lomo. Pero aquel ejercicio, por violento y peligroso que fuese, parecía un juego para el kalmuco, cuyo cuerpo seguía con tanta flexibilidad los movimientos del animal, que se los hubiera creído a nobos animados por un mismo pensamiento.

Aquellas proezas fueron repetidas varias veces por dife-

nida la muger de un jefe subalterno de la visita que iban a hacerla, se puso su mejor trage, y tenía a sus pies un niño y a su lado una doncella o criada que estaba inmóvil. Su recibimiento fué muy amable, y parecía agradecer la visita de los extranjeros.

La relación del viaje de Mr. Hell y su señora por las orillas del Volga y los arenales del mar Caspio, ha podido hacer comprender cuanto hay de extraño en estos pueblos nómadas, que andan errantes con sus ganados por aquellos vastos desiertos. Para poder dar una historia completa de esas hordas, ha sido preciso vivir como ellas en la tienda de pieles, y compartir durante muchos meses su vida salvaje y aventurera. Después de trazar el cuadro mas triste y desconsolador de esas soledades, los dos viajeros, a medida que adelantan en su narración, vuelven a recobrar sus primeras impresiones, y comprenden tan bien la inclinación del kalmuco a sus arenales, y el encanto indecible de aquella existencia independiente en medio de una naturaleza sin límites, que esperimentan un verdadero acceso de melancolía cuando les es forzoso dirigir el último adiós a aquellos lugares, a aquellos usos de una sencillez patriarcal, a aquellas escenas pastoriles y a aquellos dilatados horizontes que tan ampliamente compensaban las fatigas del viaje.

Ahora diremos una palabra acerca del origen del pueblo kalmuco y de sus usos religiosos, que tienen un carácter enteramente aparte y merecen alguna atención, y terminaremos con el itinerario del último viaje de Mr. Hell, y la lista de los trabajos que había emprendido.

Según las aserciones de todos los historiadores, las regiones inmediatas a los montes Altai, y sobre todo los países situados al Mediodía de esa grande cadena, parecen haber sido desde tiempo inmemorial la cuna y el patrimonio de los pueblos mogoleses. Divididos al principio en dos ramas principales, siempre en guerra una con otra, los mogoleses concluyeron por reunirse en una sola nación bajo la influencia del célebre *Tschinkis Khan*, y de ese modo formaron la base del formidable poder que debía invadir casi toda la Europa Oriental. Después de la muerte de los hijos de aquel célebre conquistador, suscitadas luchas intestinas con nueva violencia, terminaron con la ruina de las dos grandes tribus mogolesas. La raza del Mogol, propiamente dicha, se vió obligada a someterse a los chinos, y las cuatro naciones que formaban los *Barben Oerat* se dispersaron por las diversas regiones del Asia Septentrional: los *koitas* en el Mogol y el Thibet *Touem-moits*, a lo largo de la gran muralla de la China, en donde todavía existen; los *burgaburates* en las montañas próximas al lago *Baikal*, que habitaban ya en tiempo de *Tschinkis Khan*; y por último, los *elenthas*, conocidos mas particularmente con el nombre de *kalmucos* en la Europa y el Asia Occidental.

Estos últimos pretenden haber habitado en otro tiempo los países situados entre el *Koko-Noor* (lago azul) y el Thibet. Y efectivamente, si nos remontamos al origen de los pueblos, veremos



Procedimiento mecánico para la oración.

que de allí desciende la raza llamada caucasiana. Después de la disolución de la potencia mogolesa, los kalmucos se dividieron en cuatro grandes tribus, cada una con su príncipe independiente. Estas tribus, cuyos restos existen todavía en nuestros días, son los *koschotes*, los *derbetes*, los *soongars* y los *forghontes*. Reunidos en un principio á los derbetes, los soongars formaban en el siglo XVII la tribu más temible del Asia. Habían sometido á los demás kalmucos, podían armar 60,000 combatientes, é imponían tributos á los pueblos vecinos. Sus triunfos aumentaron su audacia: quisieron someter á los mogoleses chinos y sucumbieron en la lucha. Hacia aquella época, es decir, en 1650, 30,000 familias fueron á acampar en las orillas del Volga, y sucesivamente las imitaron las demás hordas kalmucos. La Rusia, con su destreza habitual, supo aprovecharse de las disensiones que estallaron entre los kalmucos para intervenir directamente en su administración, y los príncipes no tardaron en quedar sometidos al cetro del imperio.

Los kalmucos, como ya hemos dicho, son budhistas, ó más bien sectarios del gran Lama, como la mayor parte de los pueblos mogoleses. No seguiremos a monsieur de Hell en sus indagaciones sobre el origen del budhismo, la cosmogonía religiosa de los kalmucos y la propagación de esa religión entre los mogoleses. Omitiremos también sus reflexiones sobre el espíritu de egoísmo y de dominación, que según él, ha presidido á la redacción de los dogmas de muchas religiones, al frente de las cuales coloca sin la menor razón al cristianismo. Se reconoce en eso el espíritu escéptico del matemático, que no se toma el trabajo de profundizar la naturaleza ni la ciencia gubernamental. Un poco más adelante tendremos ocasión de hacer que aparezca con toda claridad esa falta de veneración para con todo lo que debe respetarse.

Pasemos ahora á la descripción de las láminas que acompañan aquí al texto.

La gerarquía del clero, tal como se halla organizada en el día entre los kalmucos, comprende cuatro clases distintas. Los *backchaus* son los grandes sacerdotes, los que enseñan la religión; los *ghetungs* son los sacerdotes ordinarios; los *quetzuls* ó diáconos forman la tercera clase, y la última se compone de los *mandchis* ó músicos. Sobre todos estos grados se



Gran sacerdote kalmuco.

encuentra colocado el *dalai-lama* del Thibet, especie de papa ó jefe supremo de la religión.

En uno de los grabados que presentamos se ve un *backchaus* con su traje de ceremonia, sentado en su tienda, dando instrucciones á su *ghepi* ó maestro de ceremonias.

Otro representa la vista exterior de un templo kalmuco, verdadera pagoda china por su arquitectura; pertenece al príncipe Tumenes y depende de su palacio; para describir lo interior de ese templo que representa el grabado, titulado: *solemnidad religiosa entre los kalmucos*, dejaremos hablar á Mad. Hell.

«En cuanto pusimos el pie en el umbral del templo, una cencerrada, comparada con la cual un repique de una treintena de campanas de grueso tamaño, sería una suave armonía, saludó nuestra presencia y casi nos quitó la facultad de ver lo que pasaba en derredor de nosotros. Los autores de aquel terrible estruendo, por otro nombre músicos, estaban colocados en dos líneas paralelas, unos enfrente de otros; á su cabeza, hacia el lado del altar, se veía al gran sacerdote arrodillado

de los tam-tanes y timbales, y por último principiaron á mugir las dos grandes trompas, é hicieron temblar las vidrieras del templo. Imposible me sería espresar la originalidad de esta ceremonia: nos hallábamos entonces á millares de leguas de Europa, en el corazón del Asia y en la pagoda del *dalai-lama* del Thibet.»

Aquellas ceremonias solo se celebran los días de fiesta; por lo común, los kalmucos hacen oración en familia; consiste aquella en cánticos que no carecen de armonía, y en que se suceden alternativamente tonos agudos y graves, y medidas largas y rápidas; pero con más frecuencia las oraciones se ejecutan por medio de un procedimiento mecánico que hace mucho honor al talento de los *lamitas*. Para invocar al cielo de este último modo, tienen un tambor ó cilindro cubierto de caracteres tangutos, y encierran en su interior muchos escritos sagrados: toda la operación consiste en imprimir al cilindro un movimiento más ó menos rápido por medio de una cuerda. Como se ve, este modo de orar no ocupa la imaginación, ni impide á los kalmucos el conversar y fumar, pues con

sobre una rica alfombra de Persia, en completa inmovilidad, y detrás de ellos, hacia la puerta de entrada, estaba de pie el *ghepi*, maestro de ceremonias, vestido con una especie de túnica de color de escarlata, cubierta la cabeza con un capuchón amarillo oscuro, y en la mano un bastón muy largo que sin duda sería el distintivo de su dignidad. Los demás sacerdotes y los músicos, arrodillados, y muy parecidos en sus facciones y posturas á monjes chinos, vestían trajes muy brillantes cargados de bordados de oro y plata, y compuestos de una túnica muy ancha con mangas abiertas y una especie de mureta de dientes de lobo. El adorno de su cabeza tenía mucha analogía con el de los antiguos peruanos. Pero lo que más nos maravilló fue los instrumentos de los músicos. Al lado de enormes timbales y de tam-tam chinos, se veían gruesas conchas marinas que hacían el efecto de una bocina ó caracol de mar, y dos inmensos tubos de 10 á 12 pies de largo, sostenidos cada uno por dos sustentáculos. Si no hay medida, armonía ni método en la música religiosa de los kalmucos, en cambio cada uno hace el mayor ruido posible, á su manera, y según la fuerza de sus pulmones. El concierto comenzó por unas campanillas pequeñas: luego siguieron las vibraciones



Templo kalmuco.

tal que el cilindro gire, la oración se ejecuta por sí misma, y los *bourhans* se acomodan á ella perfectamente. El autor habla de la vigilancia y cuidado con que le rodeaban los sacerdotes, al ver el esmero y la atención con que miraba sus idólos. «Temian, dice, el que se nos antojase escamotearlos alguna de sus figuras místicas, y tenían razón, porque no nos faltaba voluntad. Pero hubimos de contentarnos con mirarlas, y aguardar para cumplir nuestros deseos á mejor ocasión.»

Esta ocasión no se hizo esperar mucho tiempo. Pero una relación textual de este pasaje, que nos ha parecido escusivo, por no darle otra calificación mas severa, pondrá al lector en disposición de decidir entre el autor y nosotros, y de decir si nuestra crítica es justa y merecida. «No he hablado todavía de los *satzas* kalmucos, y de los deseos que teníamos de entablar relaciones con ellos. Estos *satzas* son unos templos pequeños, contruidos espresamente para contener las reliquias de los grandes sacerdotes. Cuando muere uno de estos, queman su cuerpo y depositan sus cenizas con gran pompa en el mausoleo destinado á recibirlas. A una jornada de Selenoi-Sastava, tuvimos por la vez primera la satisfacción de ver á lo lejos uno de esos monumentos. Estaba situado en medio de las arenas, á cinco ó seis verstas del punto en donde acampábamos. Antes de partir de Astrakhan habíamos tomado la precaución de recoger todas las noticias y datos posibles acerca de aquellos *satzas*, con objeto de aprovechar nuestro paso por los arenales, para visitar uno y aun *saquearle* si nos era posible. Pero esto era muy difícil por causa de la susceptibilidad religiosa de los kalmucos, que se apartan siempre de ellos para no profanarlos con su presencia, y de los largos rodeos que teníamos que hacer para trasladarnos allí sin despertar sus sospechas. Tomamos el pretexto de una cacería de garzas blancas antes de ponernos en camino. Al cabo de dos horas de marchar y contramarchar por la arena con un calor tropical, llegamos enfrente del *satza*, cuyo aspecto no era nada atractivo, y parecía no merecer la escursión que acabábamos de hacer. Era un pequeño edificio cuadrado de color ceniciento, con solo dos agujeros en lugar de ventanas. Figúrese cual sería nuestra consternación cuando vimos que no tenía puerta; dábamos vueltas en derredor de aquel santuario con una ansiedad verdaderamente cómica. Entonces fue preciso inventar un medio cualquiera para introducirnos en él, porque no nos ocurrió la idea de retirarnos sin satisfacer nuestra curiosidad. Algunas piedras que quitamos de una de las ventanas nos facilitaron el paso, poco cómodo en verdad, pero al cabo suficiente. El monumento parecía ser muy antiguo. Varios idólos de barro cocido estaban colocados en el suelo á lo largo de las paredes; de trecho en trecho había unos nichos pequeños que contenían imágenes, medio podridas por la humedad. Una especie de tapiz cubría el suelo y las paredes; aquellos adornos fueron los únicos que se ofrecieron á nuestra vista. Como vencedores generosos nos contentamos con tomar dos figurillas y algunas imágenes. Según la creencia de los kalmucos, *ningún sacrilegio puede compararse con el de que nos hacíamos culpables*. Sin embargo, el fuego del cielo no nos pulverizó, y el gran lama, como dios bien criado, nos dejó reunidos á nuestra escolta. Mas nos estaba reservado un contratiempo muy sensible: uno de los idólos se nos había roto en el camino.»

No nos incomoda la forma un poco volteriana de esta narración, sino el hecho mismo. ¿Qué se pensaría, en efecto, de un príncipe kalmuco, que visitando á París y el cementerio del P. Lachaise, penetrase de noche en un sepulcro de familia, para profanar en el unas cenizas preciosas y arrebatara algún vaso ó algunas reliquias sagradas? ¿No se reputaría semejante acto sujeto á la acción de un tribunal de justicia, ó cuando menos digno de una severa reprensión? Busquemos, sin embargo, una excusa en esa curiosidad del viajero, en esa necesidad de saber y de traer recuerdos, que han convertido las incursiones de los viajeros ingleses por Italia en una invasión de vándalos, en cuanto á las esculturas y monumentos. Procuremos, pues, no imitarlos, y comprender bien que la memoria de actos de esta clase es muy á propósito para hacer sospechosos y poner en inminente riesgo á todos los viajeros futuros.

Después de estudios importantes hechos en Astrakhan, sobre el comercio, la navegación y las grandes pesquerías del Volga y del Oural, Mr. de Hell atraviesa toda la Kamulka rusa, recorre el litoral del mar Caspio hasta la embocadura del Kouma, que efectúa entre el mar de Azov y el Caspio, y desde allí, dirigiéndose hacia el Occidente, atraviesa las regiones desiertas que se extienden, siguiendo el *Mamistch*, hasta las fronteras de los cosacos del Don. Luego llega al pie de la grande cadena Caucasiana, muralla todavía inaccesible, colocada entre la Europa y el Asia, al frente de la cual van á parar sin transición las estrañas y notables llanuras de la Rusia Meridional. En Platigorsk, en medio del Cáucaso, teatro de una de las luchas mas obstinadas que se hallan consignadas en la historia, recoge todos los datos que pueden dar nociones exactas acerca de la guerra y de la importancia política y geográfica de esa cadena de montañas, que aísla completamente las provincias trascaucasianas del resto del imperio. En fin, después de seguir la costa oriental del mar de Azov, vuelve á Odessa por Taganrok, Ekaterinoslaw y Kersson. Al año siguiente explora la Crimea y la Besarabia, como complemento indispensable de sus estudios sobre el mar Caspio y el Cáucaso.

Según Mr. Hell, esta porción, la mas hermosa y vasta de la Rusia, es esencialmente agrícola. La naturaleza ha hecho por ella cuanto la ha sido posible dándole dos grandes mares, de los que uno toca en el Mediterráneo, es decir, en Europa, y el otro en la Persia y en el Asia. Cuatro rios, que son las grandes vías de comunicación de aquellas regiones, conducen á los tres mares. El clima de aquellas llanuras y su conformación topográfica, las hacen propias para el cultivo y para la cria de inmensos rebaños de todas clases, escelentes caballos, camellos, bueyes y carneros. Esa tierra, por tan largo tiempo inculca y descansada, es, por decirlo así, el almacén de depósito, el granero para el porvenir: tiene con que vestir y alimentar á la Europa entera. Es además un manantial abundante de fuerza para el imperio ruso, que si comprende bien lo que vale, podrá, con una dirección bien entendida, hacer surgir de aquella parte un mundo nuevo, hacia el que se lanzara el comercio con ardor.

Mr. de Hell, después de concluir los estudios que acabamos de enumerar rápidamente, volvió á París para publi-

carlos; obra que obtuvo el gran premio concedido en 1844 por la Academia de geografía de Francia.

El interés que inspira el *Viage por las llanuras del mar Caspio*, le hará muy apreciado, no solo de los sabios, sino de todos los aficionados á viages, y de todos los que deseen conocer y estudiar sin peligro ni fatiga las diversas partes de nuestro globo.

Con posterioridad á esta publicación, Mr. de Hell fué encargado á principios de 1846, de una misión del gobierno para explorar las regiones que se extienden al Este y al Mediodía del mar Caspio. Estas nuevas observaciones debían servir para hacer mas clara y evidente la antigua reunión de los tres mares en uno solo, y completar los estudios anteriores, con un exámen semejante y tan profundizado sobre la diferencia de nivel entre los alveos de aquellas vastas extensiones de agua, y la configuración de las regiones que circuyen ese lago del mar Caspio: además Mr. de Hell quería, como en su primer viage, estudiar el comercio y reunir todos los materiales necesarios para la formación de una exacta é importante carta de la Persia. Los estudios arqueológicos tan interesantes en ese país, las inscripciones, una descripción pintoresca, observaciones enteramente especiales acerca de los nacimientos del Tigris y del Eufrates, sobre los lagos de Van y de Ourmiah, que casi son desconocidos, la profunda exploración del alto Kurdistan y del Mazendheran, la estadística, la industria, las razas y los usos, tal fué el inmenso programa que se impuso. Con este objeto se había asociado un joven y entendido artista, que ha traído de este penoso viage un millar de dibujos magníficos, hechos con una conciencia y talento muy notables. Nosotros hemos admirado las ricas carteras de Mr. Julio Laurens, y podemos decir, que rara vez hemos visto un sentimiento mas elevado de lo bello, una apreciación mas exacta de la naturaleza, y una mano mas hábil y mas firme.

Mr. Julio Laurens ha tenido que cumplir un deber muy triste y doloroso. El fué quien recibió el último suspiro de Mr. de Hell, succumbió de resultados de una fiebre maligna en las inmediaciones de Ispahan. Graves indisposiciones muchas veces repetidas, habían estenuado sus fuerzas, cuando fué acoetido por aquella enfermedad, especie de epidemia anual de fines del estío, que en Ispahan llaman *neu-beh-kachy*.

Es muy triste morir de ese modo á la edad de treinta y cuatro años, en la flor de la vida, lejos de su esposa y de su país, y rodeado de trabajos principados, cuya gloria se espera; afortunadamente para la ciencia, y sin duda también para consuelo de sus últimos instantes, su trabajo principal estaba concluido, y Mr. Laurens, que recibió sus últimas instrucciones, podrá estar á la mira de la última publicación oficial y activarla.

Las últimas líneas de su diario, que transcribimos aquí, dirán de una manera mas elocuente y sensible de lo que nosotros pudiéramos hacerlo, el doloroso fin de ese sabio, que por este último viage se había procurado un lugar honorífico en el Instituto.

«24 de julio de 1848. Hace tanto calor, que no he tenido ánimo para volver á entrar en Teheran.

«25. Al salir de Tedjrich, mi caballo cayó: creí que me había roto la pierna... He pasado mala noche.

«26 de agosto. Me siento tan mal, que apenas puedo sostenerme á caballo: creía no poder andar el *farsan* (legua y media) de la primera jornada.

«4. El calor es abrumador. Después de una hora de marcha, me ha acometido un acceso de calentura, y me es imposible continuar porque me abandonan las fuerzas. He mandado me conduzcan á la sombra de un peñasco, en donde he permanecido tendido hasta la postura del sol.

«6. Jamás ha hecho tanto calor como hoy... Nuevo acceso del mas violento delirio... ¡Pesadilla!... ¡qué situación!... Tenemos 45 grados de calor, y un arco medio arruinado por resguardo: no hay agua ni mas alimento que una sandía: me hallo tendido sobre un pedazo de tela, tiritando y sufriendo todo lo que el mal tiene de mas espantoso.

«11. En Caschan. Por la noche, para gozar un poco de aire, buscamos las cúpulas mas elevadas de las caravanserai.

«18. Sufrí horriblemente. Cólicos crueles no me dejan sosegar ni un momento. La disenteria acaba de quitarme todas las fuerzas. Noche deplorable...

«21. Un acceso me ha durado mas de tres horas, y ha sido seguido de una postración completa. ¿Cómo concluirá esto?

«25 de agosto. Han tenido que conducirme á brazo porque no puedo hacer ningún movimiento.»

Tales son las últimas palabras trazadas por el enfermo. La noche del 28 se quejó de repente de un indecible malestar, perdió los sentidos y murió el 30 á medio día.

Ayudado de un sacerdote armenio, Mr. Julio Laurens hizo colocar el cuerpo de Mr. de Hell en el cementerio de Djulfa, al Sudoeste de Ispahan, entre algunas tumbas de europeos del tiempo de Schah-Abbas.

Curiosidades históricas.

DE LAS PENAS Y DE LOS SUPLICIOS.

La pena de muerte entre los griegos y los romanos se imponía de diversos modos: por decapitación, veneno, estrangulación, horca, crucifixión y la lapidación, pena reservada particularmente á los que habían sido sorprendidos en adulterio: unas veces quemaban vivos á los criminales ó los mataban á golpes de maza, y otros los arrojaban desde un sitio elevado. En Atenas en el cuartel de la tribu Hippothontida, había una sima profunda en la cual precipitaban á los condenados: aquella sima tenía en el fondo unas planchas ó láminas de hierro para que la muerte fuese mas pronta.

En tiempo de Herodoto, las ejecuciones jamás se hacían de día en Lacedemonia (Herod. lib. IV, cap. 146).

La pena de ahogar se encuentra en la historia de todos los pueblos. Turno Herdonio de Aricia, calumniado por Turquino, fué, dice Tito Livio (lib. I, cap. 51), condenado á perecer en un nuevo género de suplicio: cubrieronle con una es-

pecie de cuevano ó cesto con piedras y le ahogaron en las aguas del Ferentina.

«Nuestros padres, dice Ciceron, han imaginado un suplicio reservado únicamente á los parricidas, para que el rigor del castigo aparte del crimen á los que la naturaleza no pudiera mantener en el deber. Han querido que fuesen introducidos vivos en un saco de cuero y arrojados al Tiber. ¡Sabiduría admirable!... Parece que los han separado de la naturaleza entera, privándoles á un mismo tiempo del cielo, del sol, del agua y de la tierra, para que el monstruo que arrebatase la existencia al autor de sus dias, no gozase ya de ninguno de los elementos, reputados como los elementos de todo lo criado. No han querido que los cuerpos de los parricidas fuesen espuestos á las fieras, por temor de que alimentadas con su carne impia llegase á hacerlas mas feroces; ni que fuesen arrojados al Tiber, para evitar que arrastrados al mar no mancharan sus aguas destinadas á purificar todas las impurezas. En fin, no les han dejado gozar nada en la naturaleza: que hay, en efecto, que sea mas de derecho común, que el aire para los vivientes, la tierra para los muertos, el mar para los cuerpos que flotan sobre las aguas, y las riberas para los que arrojan las olas? Pues bien, esos desgraciados concluyen de vivir sin poder respirar el aire del cielo: mueren, y la tierra no toca sus huesos: las olas los agitan y no los riegan: en fin, rechazados por la mar, no pueden, después de su muerte, reposar ni aun en los peñascos. (1)

El emperador Justiniano en sus instituciones publicadas en 553, recuerda y restablece ese antiguo uso tomado de la legislación de las Doce Tablas: «El culpable, dice, no será castigado ni con la cuchilla, ni con el fuego, ni con ninguna otra pena ordinaria: si no que será metido en un saco con un perro, un gallo, una víbora y un gimio, y arrojado al mar ó al rio mas inmediato, para que comiencen á faltarle todos los elementos aun antes de su muerte, el cielo se oculte á su vista, y no halle tierra su cadáver.» (Instituta, libro IV, título 18, § 6.)

Este suplicio le encontramos con frecuencia en la historia de Francia, y parece sobre todo haber estado en uso en los siglos XIV, XV y XVI (2), y con frecuencia para delitos de una especie bastante singular, como lo acredita un decreto del preboste de París, publicado el 25 de junio de 1493, que copiamos literalmente, porque refiere un hecho importante y muy poco conocido.

«Puesto que ya se ha mandado y publicado á son de trompeta y de pregon en los sitios públicos de París, para que ninguno pueda alegar ignorancia, que todos los contagiados de sífilis evacuen inmediatamente la ciudad, y que los forasteros se trasladen á los pueblos de su naturaleza, bajo pena de horca, cuya disposición no se cumple puntualmente, pues vuelven los referidos enfermos de todas partes, y se comunican en la población con las personas sanas, lo cual es muy peligroso para el pueblo y los señores que al presente se hallan en París:

«Se intima nuevamente á todos los referidos enfermos, de orden del rey y del señor preboste de París, tanto hombres como mugeres, que inmediatamente después del presente pregon, salgan de la dicha ciudad y arrabales de París, y los dichos forasteros vayan á residir á los pueblos de su naturaleza, bajo la pena de ser arrojados al rio, si se les encuentra pasado el día de hoy: del cumplimiento y exacta ejecución de este decreto quedan encargados todos los comisarios, gefes de cuartel y sargentos. (3)

Según la creencia general, la enfermedad venérea vino de America, y fué llevada á Francia después de la expedición de Carlos VIII á Nápoles. El documento que acabamos de citar refuta estas dos opiniones. En efecto, Cristóbal Colon no volvió de su primer viage á America hasta el 15 de marzo de 1493, y el decreto del preboste es del 25 de junio del mismo año, y se refiere á otros edictos anteriores, y la expedición de Carlos VIII no tuvo lugar hasta el año siguiente. Los italianos, pues, quizá tengan mas fundamento para llamar á esa enfermedad *mal francés*, que los franceses tienen para llamarla *mal de Nápoles*.

En Inglaterra se ahogaba á los ladrones en un foso lleno de agua.

Hasta mediados del siglo XVI se arrojó á los monederos falsos en agua hirviendo. He aquí, según una cuenta del ordinario de París, del año 1417, los gastos que ocasionaba este suplicio.

«A Esteban le Bré, encargado de la justicia del rey nuestro señor, doce sueldos por tres albañiles y sus ayudantes que hicieron la hornilla para colocar la caldera en donde fueron cocidos tres monederos falsos: idem cuatro sueldos por cuatro saquillos de yeso para hacer la dicha hornilla, y cuatro sueldos para el que la blanqueó antes que los dichos albañiles obrasen en ella: veinte y seis sueldos por un ciento y medio de palos, y otro medio ciento de haces para que el dicho día hirviese el agua en la caldera: ocho sueldos por las vasijas en que estuvo colocada el agua, las cuales desaparecieron la noche que se hizo la justicia, y tres sueldos por las cubas de agua con la que fueron castigados aquellos falsos monederos.» (4)

Como es bien sabido, el horrible suplicio del fuego estuvo en uso hasta fines del último siglo: nos limitaremos á citar el modo con que según Herodoto se imponía á los adivinos en Escitia.

«Se llena de leña menuda un carro al cual se unen bueyes, y encima de los haces se coloca á los adivinos sujetos los pies, atadas las manos á la espalda, y con una mordaza en la boca. En seguida se prende fuego á los haces, y se aguijonea y espanta á los bueyes: muchos de esos animales se queman con los adivinos, y otros se salvan medio abrasados, cuando las llamas han consumido el timón. (5)

El suplicio de la rueda usado en la antigüedad, fué muy común en la edad media y en los tiempos modernos, y se imponía de muchas maneras. Entre los griegos el paciente era atado á una rueda que daba vueltas con rapidez: en las columnas Trajana y Antonina, se ven figuras que representan

(1) Alegato por Sexto Roscio, cap. 25 y 26. Obras completas, Colección Dobrich, tomo II, pág. 41.

(2) Véase al P. Vaisset, Historia general del Languedoc, cap. IV, pág. 549.

(3) Colección de las antiguas leyes francesas, tomo XI, pág. 813. Pregon sobre el mal venéreo y las inmunidades.

(4) Sauval. Historia y observaciones de las antigüedades de París tomo III, pág. 274.

(5) Lib. IV, cap. 69.

hombres atados a ruedas de carros. Gregorio de Tours habla también de él en su libro tercero, en los términos siguientes: «Otros fueron tendidos en los carriles de los caminos, sujetos a unas estacas clavadas junto a ellos, y se hicieron pasar por encima carros cargados, que rompieron todos los huesos de aquellos infelices, cuyos cuerpos fueron en seguida abandonados a los perros y las aves de rapiña, para que les sirviesen de pasto.»

Bouchard, uno de los asesinos de Carlos el Bueno, conde de Flandes (2 de marzo de 1127), por un refinamiento de rigor, dice Suger, (vida de Luis el Gordo), fué atado a una rueda muy elevada, en donde permaneció espuesto a la voracidad de los cuervos y otras aves de rapiña; le arrancaron los ojos de sus órbitas, hiciéronle pedazos el rostro, y luego atravesado por mil flechas, dardos y venablos que le lanzaban desde abajo, pereció de la manera mas cruel.

Un decreto contra los salteadores de caminos, publicado en París en el mes de enero de 1534, describe así el suplicio de la rueda:

«Todos aquellos y aquellas que en adelante aparezcan culpables de los dichos delitos, crímenes y maleficios, y a quienes se les hayan justificado, y que se encuentren convictos en forma legal, serán castigados de la manera siguiente: es a saber, se les romperán los brazos por dos partes, tanto arriba como abajo, el espinazo, las piernas y los muslos, y serán colocados en una rueda alta y bien segura, con el rostro vuelto hacia el cielo, y allí permanecerán vivos para hacer penitencia por todo el tiempo que plazca a nuestro Señor, y después de muertos, hasta que la justicia mande retirarlos, para causar temor.» (1)

En el siglo XVII, Claudio, platero de madama de Rambouillet, y muy aficionado a presenciar ejecuciones, se quejaba amargamente, de que ya no producía ningún placer el ver el suplicio de la rueda, porque los tunantes de los verdugos ahogaban en seguida a los pacientes, y que lo que debería hacerse era ponerlos a ellos en la rueda (2).

Ese suplicio subsistió en Francia hasta el último día de la monarquía. En 1789 iban a poner en la rueda, en Versalles, a un hombre que en una riña había muerto involuntariamente a su padre, pero el pueblo, dice Mr. Michelet, creyendo que aquel suplicio era mas bárbaro que el delito mismo, impidió la ejecución y derribó el cadalso. (*Historia de la revolución francesa*, tomo I, pág. 255).

El arrancar la piel, parece no haberse usado antiguamente mas que en la Persia. Herodoto refiere que Cambises mandó dar muerte y desollar a un juez prevaricador, llamado Sisammés, y luego hizo que con su piel forasen la silla en que se sentaba para administrar justicia: en seguida confirió a su hijo la plaza del padre, recomendándole que tuviese siempre presente en su imaginación aquella silla. (3)

El emperador Valeriano que en 260 cayó en poder de Sapor, fué, según cuentan, desollado vivo. Hacia el año 276, el célebre hereje Manes, condenado por Behram I, rey de Persia, tuvo la misma suerte: su piel fué henchida de paja, y espuesta al público en una de las puertas de Djondischaur. Otro tanto sucedió a Barker, príncipe armenio que se rebeló contra los persas, a fines del siglo IV. (4)

En el siglo siguiente, Cosroes I, para castigar la cobardía de uno de sus generales llamado Nacoragan, le hizo desollar vivo: «por manera, dice Agathias, que hace una disertación sobre este suplicio, que vuelta su piel desde la cabeza hasta los pies, conservaba todavía la figura de los miembros de donde había sido arrancada: en seguida la mandó coser e inflar, y que la colocasen en lo alto de un peñasco. (5)

Entre los europeos, este suplicio fue muy raro en la edad media: solo citaremos los dos ejemplos siguientes. Según Guillermo de Nangis, ese fue el castigo que Felipe el Hermoso impuso en 1514, a los amantes de sus nueras. Tres años mas tarde, en 1517, el papa Juan XXII, degradó a Hugo Geraldí, obispo de Cahors, y le entregó al juez secular de Aviñón, para ser desollado vivo, arrastrado por cuatro caballos, y quemado como culpable de sortilegios destinados a hacer que pereciese el papa. (6)

En 1571, el general turco Mustafá, con desprecio de una capitulación, hizo padecer ese género de muerte a Brogadino, noble veneciano, que durante dos meses y medio defendió intrépidamente contra él a Famagusta. Rellenaron la piel de heno, la pusieron sobre una vaca, la pasearon por el campamento y la ciudad, y la ataron a la verga de una galera. Mustafá la envió en seguida a Constantinopla, en donde después de haber estado largo tiempo espuesta en el baño a las miradas de los esclavos cristianos, y enviada a diferentes ciudades del imperio, fué al fin rescatada por la familia de Brogadino; en el día se halla en un sepulcro, en la iglesia de San Juan y San Pablo en Venecia.

Los romanos ya se sabe que enterraban vivas a las vestales que violaban su voto de castidad. En Francia parece haber estado reservado ese espantoso suplicio a las mugeres, que con harta frecuencia espianaban de ese modo faltas muy leves. En 1502, por sentencia del bayle ó baylio de Santa Genoveva, enterraron viva a una muger que había robado una saya, dos anillos y dos cinturones.

La horca fué en la edad media el género de suplicio mas común: así los sinónimos de la palabra ahorcar, según Mr. Michelet, son muy numerosos: colgar hasta morir; arrebatarse de la tierra, entregar a las aves, estar bastante alto, para que un ginete con su casco pueda pasar a caballo por debajo; cabalgar en el aire; trabajar el patíbulo; cabalgar en palo seco, etc. (7)

Para dar una idea de las formalidades que se observaban en algunas ciudades cuando ahorcaban a un criminal, citaremos el siguiente pasaje de una historia de Abbeville.

«Cuando se pronunciaba la sentencia de muerte, se llamaba al vizconde ó su lugarteniente, se enviaba al ladrón a la

sala de los regidores, y el maire le decía: *Amigo mio, por razón de tus malos hechos has sido condenado a morir.* Y le entregaba al vizconde, que le conducía sin escolta a su tribunal ó juzgado. Durante este tiempo, el mayor mandaba dar tres campanillazos, y algunos instantes después se le veía en lo mas elevado del edificio de la regiduría, para publicar el juicio a presencia del pueblo: luego la corporación municipal montaba a caballo, y se dirigía al vizcondado para volver a recibir al ladrón de manos del vizconde. El mayor, al llegar a la puerta, encontraba allí al condenado, le ponía una cuerda al cuello, y le acompañaba hasta la picota ó poste, al cual ataba el paciente asiendo por la cabeza. Los alguaciles del vizconde se apoderaban en seguida de él, y le conducían al patíbulo; allí volvían a entregar el culpable al maire y a los regidores, que hacían se llevarse a cabo la ejecución, hasta que el ladrón estuviese ahorcado y muerto. (1)

En Francia, en el siglo XV, una muger podía salvar la vida a un hombre condenado a muerte, casándose con él. En un diario de un ciudadano de París, se lee: «El 10 de enero de 1450, llevaron once hombres a la plaza de París, y a los diez los cortaron la cabeza. El undécimo era un hermoso joven de unos veinte y cuatro años, fué despojado, y ya le iban a vender los ojos, cuando una linda jóven se presentó pidiéndole atrevidamente, y tanto trabajo que le volvieron al Chatelet, y luego se casó con él.» (2) Muchos cuentos populares aluden a esta costumbre singular. «Es muy común, dice Enrique Estienne, el cuento de Picard, al cual, hallándose ya en la escalera del patíbulo, le llevaron una pobre muchacha que se había conducido mal, prometiéndole que le salvarían la vida, si bajo su palabra y la condenación de su alma ofrecía tomarla por muger; pero entre otras cosas pidió el verla andar, y cuando observó que era coja, se volvió hacia el verdugo y le dijo: *aprieta, aprieta, que cojea.*» Se refiere otro rasgo análogo de un normando, al cual hicieron la misma proposición cuando se hallaba al pie del cadalso, y examinando la muger que le ofrecían respondió:

Nariz punteaguda, labios apretados,
prefiero ser ahorcado.

En Francia, el suplicio de horca no parece haber sido impuesto a las mugeres con anterioridad al siglo XV. Hasta entonces se las enterraba vivas, como ya hemos visto, ó bien las ahogaban en un foso lleno de agua. Pero desde el año 1414 se encuentra una real gracia de indulto concedido a una muger de Limoges, condenada a morir ahorcada. Según un cronista, parece que la primera ejecución de esta especie no tuvo lugar en París hasta el año 1449; la que padeció ese suplicio era una ladrona, y culpable además de haber sacado los ojos a un niño. «Un pueblo inmenso había acudido de todas partes al lugar de la ejecución, dice Juan Chartier, especialmente mugeres, por la novedad de ahorcar a una persona de su sexo en Francia, pues jamás se había visto en este reino cosa semejante; la dicha muger fué ahorcada con el cabello destrenzado, vestida con un traje muy largo, y atadas las piernas con una cuerda por encima de las rodillas; algunos decían que lo había pedido así, porque acostumbraba a hacerse en su país en tales casos; pero otros aseguraban que así lo prevenía la sentencia, para que las mugeres conservasen por mucho tiempo memoria de aquel suceso.» (3)

Con frecuencia se daba a los condenados animales que les sirviesen de compañeros en su suplicio. Bertrand, jefe de los asesinos de Carlos el Bueno, conde de Flandes, fué ahorcado con un perro. Siempre que este recibía algún golpe, el animal desargaba en el su cólera, le devoraba el rostro con sus mordeduras, y aun algunas veces (horror causa decirlo), le llenaba de inmundicias. (Suger, *Vida de Luis el Gordo*).

Un fuero de Aragón del año 1247, establece «que se ponga al reo desnudo, y se le cuelgue al cuello por detrás un gato, que le lleven de ese modo de una a otra puerta de la ciudad, azotándole con unas correas, de manera que el criminal y el gato reciban igualmente los golpes.

En Francia, hasta el siglo XIV, ahorcaban a los judíos cabeza abajo, y con dos perros a los lados.

«Además del suplicio de horca, dice el P. Labat, se usan otros dos en Italia, la *massola* y el *mannage*. El primero es para los asesinos y demas criminales de esa especie. Cuando el paciente está sobre el patíbulo, con las manos, los pies y las rodillas atadas, y los ojos vendados, el verdugo le da un golpe entre la oreja y el ojo con una maza de una madera muy dura y pesada, que le aturde y le deja caer de lado. En este estado le atraviesa la garganta con un largo cuchillo, poco mas ó menos como se degüella a un cerdo, y le abre el pecho. Esta ejecución parece a los espectadores mas cruel é inhumana de lo que es en efecto para los pacientes, que enteramente aturdidos con el golpe de maza, son rematados con el cuchillo antes que vuelvan en sí del primer golpe que han recibido.

Con el *mannage* se corta la cabeza: este método es muy seguro y no se hace sufrir al paciente. Es suplicio reservado a los gentiles-hombres y a los que gozan del privilegio de la nobleza, como son todos los eclesiásticos seculares ó regulares.

El instrumento llamado *mannage*, es un bastidor de cuatro a cinco pies de alto, y de cerca de quince pulgadas de ancho: se compone de dos montantes de cerca de tres pulgadas en cuadro, con muescas por dentro para dar paso a una corredera, cuyo uso diremos después. Los dos montantes están unidos uno a otro por tres travesaños con espigas y muescas en cada punta, y una a cerca de quince pulgadas, sobre la que cierra el bastidor; sobre este travesaño coloca la cabeza del paciente, que se halla de rodillas; encima de este travesaño se encuentra el otro movable, con corredera que se mueve por las muescas de los montantes. Su parte inferior se halla guarnecida de un ancho machete, de nueve a diez pulgadas de largo y de seis de ancho, bien cortante y afilado. La parte superior está cargada con una pesa de plomo de sesenta a ochenta libras, atada fuertemente al travesaño; se le

(1) *Historia de Abbeville*, por F. C. Louandre, 1843, en 8.º, tomo II, pág. 286.

(2) *Edic. del Panteon*, pág. 635.

(3) *Historia de Carlos VII*, 1471, en fol., pág. 133. Véase también el *Diario* de un ciudadano de París, edic. citada, pág. 153.—Sauval se equivoca poniendo este hecho en 1415; y los autores de la colección de las antiguas leyes francesas, tomo IX, pág. 469, han hecho mal en citar en esta ocasión a Monstrelet, cuya crónica no llega mas que hasta el año 1434.

vanta este travesaño homicida hasta una pulgada ó dos junto al travesaño de arriba, al cual se le ata con una cuerdecita; el ejecutor no hace mas que cortarla, y la corredera, cayendo a plomo sobre el cuello del paciente, se le divide enteramente sin riesgo de errar el golpe.

He oído decir que en Inglaterra se sirven algunas veces de este instrumento, si los pacientes se convienen a costear el gasto. (1)

Como vemos, el *mannage* ó *mannaja* no es otra cosa que la guillotina, mencionada ya a principios del siglo XVI por Juan de Anton, historiógrafo de Luis XII. De este modo refiere el suplicio de uno, llamado Demetri Justiniani, el año de 1507: «era uno de los mas influyentes del pueblo de la ciudad de Génova, que impulsó a la sedición y mantuvo en ella contra el rey. Subió al cadalso por su pie, se puso de rodillas y colocó el cuello sobre una especie de tajo. El verdugo tomó una cuerda, en la que había atado una piedra grande que sujetaba una cortante cuchilla colocada en la parte de arriba entre dos maderos, y tiró de la cuerda, de manera que la cuchilla cayó entre la cabeza y los hombros, y derribó la cabeza a un lado y el cuerpo a otro. (2)

En el siglo XVI, la *mannaja* ha sido representada muchas veces en grabados, entre otros en las *Symbolicae questiones de universo genere*, por Aquiles Bocchi, 1555, en 4.º Se conocen además otros dos grabados anteriores a esta época: uno de Jorge Pentz, que murió en 1553, y otro de Enrique Aldegrave ó Aldegraver, que lleva la fecha de 1555. Uno y otro representan el suplicio del hijo de Tito Manlio. (3)

La aserción del P. Labat, relativamente al uso de la *mannaja* en Inglaterra, no es perfectamente exacta. Con todo, es cierto que desde el siglo XVI, y quizá anteriormente, se empleaba en Halifax (4), de donde fué importada a Edimburgo por el regente de Escocia Morton, que en 1581 fué decapitado por ese mismo método (5). Pennaut, anticuario inglés del último siglo, vió ese instrumento en una de las salas bajas del parlamento de Edimburgo, y le describe así: «Es una máquina de cerca de diez pies de alto, y tiene la forma de un caballete de pintor; a cuatro pies de la base hay un travesaño, sobre el cual pone el paciente su cabeza, que está sostenida por una barra transversal colocada encima. Las caras interiores de los montantes están provistas de correderas, en las que ajusta una hacha bien afilada, guarnecida en su parte superior de una pesada masa de plomo. Esta masa se halla sostenida en lo mas alto del marco ó bastidor por una clavija, fija tambien por medio de una cuerda: el ejecutor corta la cuerda, cae el hacha y divide del tronco la cabeza del paciente.» (6)

Probablemente ese instrumento fué introducido en Francia a consecuencia de las guerras de Italia, y se le vuelve a ver empleado en Tolosa en 1652, en el suplicio del duque de Montmorency. «En ese país, dice Puysegur acerca de esa ejecución, se sirven de una azuela que está entre dos pedazos de madera, y cuando la cabeza se halla ya colocada sobre el tajo, sueltan la cuerda, baja aquella, y separa la cabeza del cuerpo.» *Memorias*, 1747, en 12.º, tom. I, pág. 157.

(Se continuará).

Variedades.

ORIGEN DE LOS CAFÉS EN PARÍS.—Hace unos ciento ochenta años, que un armenio llamado Pascal, que había venido a Francia en la comitiva de Soliman-Aga, embajador de la Puerta cerca de Luis XIV, instaló en la feria de San German una tienda ante la cual se detenía asombrada la muchedumbre. Pascal vendía a todo el que le llegaba, mediante la módica suma de siete cuartos, una taza de infusión de café. Era entonces una novedad tan grande, que solo los mas intrepidos se arriesgaban a probar aquel licor desconocido, del que se contaban maravillosas historias que la credulidad pública acogía sin contradicción. Cuando se vió que el café no envenenaba, que no hacia idiotas a los que le tomaban, y que no turbaba ni entorpecía ninguna de las facultades espirituales ó corporales, se aventuraron poco a poco, y bien pronto la multitud invadió la tienda de Pascal, cuyo nombre se hizo en breve popular.

Aso. nbro de tan maravilloso éxito, y deseando aumentar su fortuna que tan bien había empezado, el primer cafetero de Francia, después que se concluyó la feria de San German, se marchó a París a establecer el primer café permanente, que se abrió en el cuartel de la Escuela. Durante algun tiempo estuvo en boga, pero bien pronto empezó a bajar el consumo, y Pascal tuvo que trasladarse a Londres.

Otro armenio llamado Malisban, intentó entonces reanimar el entusiasmo público en favor de café. Este segundo establecimiento, situado en la calle de Mazarino, siguió poco a poco los pasos del primero. La concurrencia no tardó en aparecer. Al momento se abrieron otros dos cafés, el uno por bajo del puente de Nuestra Señora, y el otro en la calle de San Andres, a la bajada del puente de San Miguel; y al mismo tiempo un cojo, llamado el *Candiot*, y cuyo nombre han conservado las memorias de aquel tiempo, iba de casa en casa

(1) *Viage del P. Labat a España é Italia*, 1750 en 12.º, tomo VII, pág. 21.—Véase tambien el *Viage Histórico y político de Suiza, Italia y Alemania*, publicado sin nombre de autor, de 1731 a 1743, tomo I, pág. 143. Con la *mannaja* fueron decapitadas Beatriz y Lucrecia Cenci en 1599.

(2) *Historia de Luis XII*, cap. 28. *De qué modo cortaron a un genovés la cabeza en Génova*, 1615, en 4.º, cap. 223.

(3) Véanse las *Observaciones históricas sobre la guillotina*. *Revista británica*, diciembre de 1846.—El autor de este artículo, que no ha conocido el pasaje de Juan de Anton, parece deducir de que los dos grabados son debidos a artistas alemanes, que la guillotina estaba en uso en Alemania. Pero la prueba no es de modo alguno concluyente, porque es mas probable que esos dos grabados, que representan una escena de historia romana, sean la reproducción de un dibujo de algun artista italiano. Sin embargo, debemos decir que se halla un grabado que representa el mismo suplicio en la obra de otro grabador alemán, Lucas de Cranach, que murió en 1533. Véanse las *Observaciones históricas y fisiológicas sobre la guillotina*, por Mr. L. Dubois, París, 1843, pág. 36, en 8.º

(4) Un grabado de él se encuentra en la *Britannia* de Camden, edición de 1722.

(5) Walter Scott, en su *Historia de Escocia*, primera serie, cap. 29, ha descrito de este modo aquel suplicio: el criminal estaba atado sobre unas tablas, con el cuerpo encorvado y la cabeza debajo de una hacha cargada con pesas de plomo, y suspendida de una cuerda que pasaba por una polea. Soltaban la cuerda, y el hacha, al caer, hacia rodar la cabeza.

(6) *Pennaut. S. tour*, tomo III, pág. 363. *Revista británica*, artículo citado.

(1) Colección de las antiguas leyes francesas. t. XII, pág. 4.º.

(2) Tallemant, tomo IV, pág. 417.

(3) Lib. V, cap. 25.

(4) Procopio, *Guerra de los persas*, lib. I, cap.

(5) *Vida de Justiniano*, lib. IV, cap. 6. Según ese historiador, Sapor fué el inventor de semejante suplicio.

(6) Beru. Guilonio, *Vita Pontificum*, pág. 689.—*Galila Chistiana*, tomo I, pág. 138.

(7) *Origen del derecho*, lib. IV, cap. 2.º.—A este vocabulario puede añadirse la siguiente expresión de Villosa, condenado a ser ahorcado:

En una cuerda de una toesa,
sabra el cuello lo que el cuerpo pesa.

vendiendo café, que hacia á vista de los consumidores á precio de cuatro cuartos la taza, incluso el azúcar.

Un siciliano, llamado Procopio, tuvo la inteligencia que faltó á sus predecesores. Comprendió que los franceses no podían tomar solo café á la manera que los orientales, y tuvo la feliz ocurrencia de crear ante todo un sitio de reunión elegante, donde el placer de beber el licor no fuera mas que accesorio.

Después de haber hecho un ensayo en la feria de San German, como su predecesor Pascal, abrió en la calle de Fosses de San German, enfrente de la Comedia francesa, el celebre establecimiento que existe hoy bajo el nombre de café Procopio.

Desde este instante quedó ya completamente fundado el café en Paris. En tiempo de Luis XV se contaban en Paris mas de seiscientos cafés, y las provincias, siguiendo los pasos de la capital, creyeron honorífico el poseer tambien establecimientos de este género.

No se debe olvidar al tratar de esto, que Berlioux fué el primero que trajo á la Martinica una planta de café, y que para dotar á las colonias francesas de esta riqueza, tuvo valor de hacer lo que Jussieu habia hecho por el cedro del Líbano que corona en el dia con sus estendidas ramas la cima del jardín de las Plantas; es decir, privarse del agua durante la travesía, para rociar la planta que habia de hacer la fortuna de aquellas colonias.

Maravillas del arte y de la industria.

XI.

LOS KIOSCOS.

Esta palabra es tan exótica en nuestro lenguaje, que al nombrarla, lo primero que hace falta es definir la bien para dar á entender su significado. Kiosco, en los países de Turquía, es el nombre de un pabelloncito ó elegante pieccecita colocada en los jardines de recreo, ya en el centro de la espesura de los bosques, ya en la cima de una colina desde la que se disfrute buen punto de vista. En estos pabellones en que los turcos van á reposar durante las horas mas calurosas del dia, despliegan un lujo verdaderamente asiático y apuran toda la magnificencia del gusto oriental á que son tan inclinados. Se formaria muy pobre idea de estas lindas habitaciones por los kioscos que se van introduciendo en los jardines europeos y hasta en los cafés y jardines públicos, en los que se ha dado en llamar kiosco á cualquier pabellon aunque no sea de carácter oriental.

El grabado que acompaña á este artículo puede muy bien dar una idea de lo que es un kiosco oriental en toda la magnificencia del conjunto y capricho de los detalles. Ese suntuoso pabellon que se halla en los jardines de Alejandria, pertenece á Hemet Ali, pachá de Egipto é hijo del celebre Mehemet. Las dimensiones son de siete metros de ancho por doce de alto, sin contar la flecha que se eleva por la parte exterior sobre la linterna de que pende la araña. La planta es octógona y ocho elegantes columnas sostienen la cúpula apoyada en ocho consolas caladas. Hay dos puertas en los frentes opuestos y á los costados de las puertas grandes ventanas, quedando los otros dos frentes para espejos. Todo lo demas se halla dividido en compartimentos muy variados y la cubierta de cobre figura escamas de pescado, alternando los colores azul y rojo con vistosa apariencia.

La armadura del kiosco que es enteramente de hierro forjado, tiene tal precision en los ajustes y ensambladuras que parece una obra de ebanistería, pues son muchísimos los compartimentos de que están formados los tabiques. Estos compartimentos, así como los marcos y bastidores de puertas y ventanas, están cubiertos de caprichosos dibujos y adornos del género chino que es el dominante en el pabellon. Allí hay dragones y animales fantásticos, pájaros raros, jarrones y flores estrañas de la China y del Japon, y como que las ventanas tienen elegantes vidrieras de colores, los rayos del sol que por ellas atraviesan, proyectan en lo interior del kiosco,

reflejos de un efecto mágico. El pavimento está formado de trozos de mármol de diversos colores, formando un mosaico que imita una alfombra, y en el centro de esta hay un surtidor con su taza de bronce, lo que parece comunica una deliciosa frescura al pabellon. Pende de la cúpula por medio de un gran cable de seda una araña de bronce formada por ocho dragones agrupados, con los que hacen juego, otros ocho mecheros tambien en forma de dragon que están fijos en las columnas de los ángulos. Las lámparas son de porcelana de la China, los marcos de espejos imitan follajes y combinaciones de bambús, las colgaduras, cortinas, etc., son de raso azul con plata ó encarnado con dibujos de oro. Las sillas, sitios, canapés-divanes ejecutados en madera de hierro tienen las formas redondeadas y originales de los muebles del celeste imperio, y están cubiertos de almohadones de tela de seda, sujetos á los asientos y respaldos, por medio de cor-

reos, bellotas y adornos de pasamanería de mucha elegancia. Hay consolas, mesas de juego, mesas para té de las formas estrañas y caprichosas que deben realzar el efecto de los jarrones de porcelana, de los juegos de ajedrez de nácar y marfil y de otros objetos de lujo y de ornato que sobre ellas se han de poner.

Este elegante edificio que levantado en los jardines del pachá, ha de hacer notable contraste con las moles piramidales y las obras imperecederas del antiguo Egipto, puede dar una idea del refinamiento del lujo de la civilización moderna y de los adelantos de las artes en los pueblos cultos de Europa, porque el kiosco, á pesar de su carácter local y de su estilo oriental, ni ha sido construido en el Egipto, ni por artistas del Oriente. Procede de las fábricas y talleres de M. Joly en la ciudad de Argenteuil, cerca de Paris, y ha sido construido por los planos y diseños del arquitecto

Carlos Duval, que ya se habia distinguido por la novedad, el atrevimiento y elegancia de sus construcciones. A orillas del Sena y debida al genio de artistas contemporáneos se ha construido esa maravilla artística que antes solo era dado admirar en los países orientales. Por eso el grabado que acompaña á este artículo representa al emperador de los franceses, visitando, cuando era presidente de la república, los vastos talleres de Mr. Joly, al que decoró con la cruz de la legión de honor en recompensa de treinta años de un trabajo perseverante, que ha elevado á Mr. Joly desde simple obrero á director propietario de uno de los principales establecimientos industriales de la Francia y en el que hallan trabajo constante mas de doscientos obreros. A petición de estos visitó el príncipe presidente los talleres, acompañado de sus edecanos, del prefecto y de las autoridades locales y pasó después á descansar en el kiosco, destinado al pachá de Egipto, donde admirado de su elegancia y buen gusto, felicitó á sus autores por tan atrevida como original construcción.

En los puntos mas deliciosos de sus jardines es donde los orientales colocan sus kioscos en los que si no tan buen gusto y primor de ejecución, despliegan tanta magnificencia como en el que se acaba de describir. Habiendo en Constantinopla tantos palacios y magnificas residencias, el *Reis-effendi* ó sea el ministro de Estado suele dar audiencia á los embajadores de las potencias estrangeras en un kiosco suntuoso, elegantemente situado á la orilla del mar, no lejos del palacio rojo de la sultana Valide y en el centro de un amenó bosquecillo de plátanos, álamos y sauces llorones que aumentan lo pintoresco del sitio.

Los kioscos chinos, á los demas atractivos peculiares de esta clase de construcciones, reúnen el estar edificadas sobre agua á orillas de los rios ó en el borde de algun estanque guarnecido de plantas de anchas y lozanas hojas. Sobre las olas cristalinas se ven patos con sus cuellos de esmalte, y en el fondo nadan mil vistosos peccecillos de escama dorada. Estos deliciosos pabellones de un efecto encantador están contruidos aprovechando los accidentes naturales del terreno y apoyándolos en pies de madera incorruptible ó en peñascos artificiales. Los kioscos ó pabellones chinos nunca son de un solo piso: los hay hasta de tres y en ellos es característico que los ángulos estén volteados en curva hacia arriba. En las aristas se perfilan figuras caprichosas y sobre las cornisas hay barandillas caladas como las varillas de marfil de los abanicos. Alrededor del cuerpo principal de la obra, hay galerías con postes pintados de hermelion y otros colores vivos que sostienen los techos labrados, y cuyas tejas brillantes de porcelana parecen escamas de pescado. En lo interior, débilmente alumbrado por las hojas de talco que hay en las ventanas, son todavia mas minuciosos y mas alhagüenos los detalles, y las paredes brillan no solo con los fantásticos dibujos, sino con los perpendiculares caracteres chinos que en cada compartimento reproducen maximas de los afamados filósofos del país. Las bellas combinaciones de la seda se ostentan en los tapetes, almohadones y alfombras, y sobre las mesas y consolas se ha-

lla siempre esa multitud de esferas, pipas, abanicos y otros diges del gusto chino que, todavia mas que el valor de la materia, llaman la atención la elegancia de la forma y el primor de la ejecución. Los kioscos se han introducido con mucha razon en las residencias reales, en las casas de placer y en los jardines de Europa, donde se imita todo lo bueno y útil, y donde la construcción de las habitaciones, aun para uso de los particulares, apenas deja ya que desear tanto respeto de la solidez como de la comedia y el ornato.

F. F. VILLABRILLE.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número 8.



Kiosco, por Duval.